

La Deuda
DE JAMESON

CLUB DE MOTOCICLISTAS POR SIEMPRE MEDIANOCHE

VICTORIA GALE

La Deuda de Jameson

Club de Motociclistas Por Siempre Medianoche

Libro Cuatro

Victoria Gale

Publicado en 2024 por
Deryn Publishing
Reino Unido

Primera Edición

© 2024 Deryn Publishing

Todos los personajes, lugares y eventos son ficticios. Cualquier parecido con personas, lugares o eventos reales es pura coincidencia.

Los derechos morales de la autora han sido reconocidos.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, copiada, almacenada o distribuida en cualquier forma, sin el permiso previo por escrito del editor

Prólogo

Carina

En el segundo en que sus ojos se cruzaron con los míos, supe que estaba en problemas. Había algo posesivo en su mirada, algo peligroso. Una oleada de miedo me golpeó en el pecho, mi visión se nubló y el club giró a mi alrededor en un torbellino de ruido y color. Estaba acostumbrada a conocer a aquellos a quienes algunos llamarían hombres malos. Hombres que robaban, mataban y usaban a la gente para mantener el estilo de vida al que estaban acostumbrados. Demonios, mi propia familia había explotado a los más débiles durante generaciones. No eran santos, pero aun así mantenían cierto nivel de humanidad y compasión. Tomaban, pero también daban. El hombre que hablaba con Gabriel, mi hermano, no tenía tales rasgos. Nunca había estado más segura de algo en mi vida.

Mi primer instinto fue darme la vuelta y correr, pero años de estar a la altura del apellido Rizzo y mantener la reputación de mi familia frenaron mis pasos.

No podía oír lo que decía, pero era obvio que mi hermano se había dado cuenta de que algo andaba mal cuando se quedó inmóvil y siguió la mirada de su acompañante. Una expresión preocupada cruzó su rostro cuando descubrió que se posaba en mí, pero no dudó en interponerse frente al hombre y bloquear su visión.

Con su mirada ya sin quemarme, tomé una bocanada de aire mientras Gabriel hacía señas a un par de mujeres, una rubia y otra morena, para que atendieran a su invitado. Un pinchazo de culpa formó un nudo en mi garganta al pensar en lo que esas mujeres podrían estar metiéndose, pero lo aparté. Mi hermano nunca obligaba a ninguna mujer a hacer algo que no quisiera, y ellas eran tan libres de irse como yo.

Con ese pensamiento en mente, y con las luces estroboscópicas y el retumbar de los bajos ahora provocándome dolor de cabeza, decidí que era mejor dar la noche por terminada.

—Salgamos de aquí —le dije a Rahat mientras se abría paso entre la multitud hacia mí y sugería que tomáramos otra copa en el bar.

—Solo llevamos aquí una hora —dijo ella, echándose su lustrado cabello negro sobre un hombro. Se veía impresionante con su mono negro de tirantes. El corpiño de malla transparente no dejaba dudas de que a Rahat le gustaba mantenerse en forma, del mismo modo que las copas moldeadas del sujetador no dejaban dudas de que su abundante pecho era el resultado de implantes. Bajé la mirada hacia mis propias copas E naturales y me pregunté por qué alguien querría voluntariamente hacer que su pecho fuera del mismo tamaño que el mío. Decir que habían sido la pesadilla de mi existencia desde que cumplí catorce años sería quedarse corto. Aunque no lo pareciera con el vestido mini metálico que llevaba, que se hundía en una profunda V tanto en el frente como en la espalda, resaltando todos mis atributos.

—Por favor, vámonos ya. —Alcé la mano para tomar la suya. No podía dejar a mi amiga en el club, no con un hombre que hacía que todos mis nervios gritaran que huyera o me acobardara de miedo.

Rahat apartó mi mano. —Dios, Carina. ¿Qué demonios te pasa?

—No es nada. Solo... —Me encogí de hombros y miré alrededor del club, tratando de localizar al hombre que estaba con Gabriel otra vez, pero al mismo tiempo esperando no encontrarlo. Cuando lo vi en la sección VIP, enfrascado en una conversación con la rubia, aparté rápidamente la mirada y tomé la mano de Rahat de nuevo—. Tengo un muy mal presentimiento sobre esta noche. Necesitamos irnos. Te lo explicaré en mi casa. Podemos ver una película o

algo.

Me miró fijamente, su rostro ardiendo de preguntas. Después de un momento, exhaló un suspiro y asintió. —De acuerdo. Tú ganas. Pero ¿podemos por favor agarrar una botella o tres de Prosecco del bar para llevar?

—Eso sí podemos hacerlo.

Rahat me dedicó una sonrisa radiante. —Tú consigue las botellas y yo iré por nuestras chaquetas. Nos encontramos en la puerta principal.

—Gracias, Rahat. Pero asegúrate de estar allí en cinco minutos —dije, sabiendo perfectamente que la única razón por la que se ofrecía voluntaria para ir por los abrigos era para despedirse de Tod, que estaba trabajando esta noche en la oficina trasera donde los habíamos guardado.

Me guiñó un ojo. —Nos vemos en cinco —dijo y desapareció de nuevo entre la multitud.

Suspiré, resistí el impulso de mirar hacia la sección VIP otra vez y me dirigí al bar. Se abrió un camino. No todos los clientes sabían quién era yo o que mi familia era dueña del lugar, pero los habituales tenían una idea de que recibía un trato especial en el club. Además, normalmente emanaba un aura que mostraba que no había que meterse conmigo. Cuando una mano se deslizó alrededor de mi cintura y me jaló hacia atrás contra un cuerpo caliente y sudoroso, supuse que hoy, con mis entrañas revueltas, esa aura estaba ausente.

—Quítame las manos de encima, maldita sea —dije mientras intentaba zafarme.

—Vamos, cariño. Solo un baile. —En su mano libre sostenía lo que olía como un vaso de whisky, apenas perceptible bajo su hedor a sudor y alcohol que destacaba entre los demás cuerpos ebrios del club.

Reprimí las náuseas en mi estómago, le pisé el pie y le di un codazo, obligándole a soltarme y dejar caer su vaso.

Maldijo e intentó agarrarme de nuevo. Una máscara de ira cruzó su rostro. —Maldita zorra presumida —casi escupió—. Te crees demasiado buena para mí.

Estaba a punto de responderle apropiadamente cuando alguien se me adelantó.

—La señorita es demasiado buena para ti —dijo alguien con una voz lo suficientemente fría como para congelar el whisky derramado en el suelo.

Dos hombres agarraron a mi agresor y lo arrastraron fuera del club. Casi sentí lástima por lo que le pasaría, pero mi mente estaba centrada en el hombre que había hablado. El acompañante de Gabriel.

Aunque mis piernas estaban débiles y mi estómago se sentía como plomo, levanté la mirada para encontrarme con su rostro. Para algunos, parecería atractivo: alto, moreno, con labios carnosos y un rostro fuerte y definido que combinaba perfectamente con su piel italiana besada por el sol. Pero, de cerca, la mirada que me dio era aún más aterradora de lo que había sido desde el otro lado de la sala. Era difícil explicar lo que vi, pero no era belleza. Era más bien una inquietante mezcla de odio, lujuria y necesidad de control.

—Gracias —dije, y me dispuse a girarme.

—Gracias, Xander.

—Disculpe —detuve mis pasos.

—Mi nombre. Xander Caruso.

Tomé una respiración profunda yforcé una sonrisa en mi rostro. —Bien, gracias, Xander Caruso. Si me disculpa. —Esta vez, cerré mis oídos a cualquier posible respuesta, me di la vuelta y caminé hacia el extremo opuesto del bar, tan lejos de Xander Caruso como pude. —Nicki —llamé a la camarera en cuanto llegué—. Dame tres botellas de Prosecco para llevar. —Ansiosa

porirme rápidamente, añadí—: Tengo prisa.

Nicki asintió, dejó lo que estaba haciendo y agarró las botellas. Las estaba colocando en una bolsa para mí cuando Xander apareció a mi lado.

—¿Quizás podría invitarte a una copa? —preguntó, su voz autoritaria fácilmente audible por encima de la música.

—En realidad, me estoy yendo —dije y resistí un escalofrío. Odiaba la forma en que me hacía sentir débil e impotente cuando siempre había sido segura y confiada.

—Una copa como forma de agradecerme adecuadamente.

Me irrité ante esto y encontré algo de mi yo habitual, saliendo a la superficie. —Ya le he agradecido dos veces. Aparte del hecho de que nunca pedí su ayuda ni la necesité, creo que eso es más que adecuado por cualquier servicio que crea haber prestado. Ahora, si me disculpa.

Nicki nos dio a ambos una mirada cansada y colocó las botellas en la barra frente a mí. Alcé la mano para agarrar el asa de la bolsa, pero Xander atrapó mi mano y la sostuvo firmemente en la suya.

—Suélteme —dije, aunque tenía la boca seca y las palabras eran difíciles de pronunciar.

Se inclinó cerca de mi oído. —¿Te pongo nerviosa? —preguntó.

—Nada me pone nerviosa —mentí.

Sonrió. —Quizás tengas razón y no se requiere un agradecimiento. Sin embargo, es costumbre y cortesía ofrecer tu nombre cuando alguien te da el suyo.

—¡Bien! Mi nombre es Carina Rizzo. —En el segundo en que las palabras salieron de mi boca, me arrepentí. La sequedad en mi garganta se volvió insoportable cuando su sonrisa cambió, y supe que mi nombre le había otorgado algún poder extra sobre mí.

—Rizzo —dijo como para confirmar mis pensamientos—. Por supuesto, debería haber visto el parecido familiar. Tu belleza es muy similar a la de tu madre.

—Mi madre falleció hace catorce años.

Intenté apartar mi mano, pero él la sostuvo con más fuerza, la llevó a sus labios y rozó un suave beso que me hizo estremecer en el interior de mi muñeca.

—Por eso me llevó un tiempo reconocer el parecido familiar —dijo, mirándome entre sus pestañas—. Tu padre falleció poco después, si no recuerdo mal. Aunque su muerte no fue inesperada. A menudo se cruzaba con la gente equivocada, y el estrés debió afectar su corazón. Un problema que espero que tu hermano tenga el suficiente sentido como para evitar.

Mi sangre hervía. ¿Quién demonios se creía que era este hombre?

—Carina —llamó Nicki desde el otro lado de la barra—. ¿Necesitas que llame a los guardias o a tu hermano? —preguntó.

Xander me dio una palmadita en la mano y la soltó. —No es necesario. Ya me voy. De hecho, tengo que reunirme con Gabriel en breve —asintió hacia la bolsa con mis botellas de Prosecco—. Que tenga una buena noche —me dijo—. Confío en que hablaremos pronto.

—¡Carina! ¿Qué pasó con los cinco minutos? —La voz de Rahat sonó estridente en mis oídos mientras gritaba sobre la música y emergía de la multitud con nuestras chaquetas. Miró a Xander a mi lado y una sonrisa jugueteó en sus labios—. Oh, ya veo. Si has cambiado de opinión y quieres quedarte, por mí está bien.

—No, no podemos cancelar nuestro otro compromiso —dije, agarrando su brazo y dándole la vuelta. No miré atrás mientras arrastraba a Rahat hacia la salida.

Tan pronto como salimos por la puerta y bajamos las escaleras, ella me detuvo. —Carina, ¿qué diablos está pasando? No estás actuando como tú misma en absoluto.

Miré hacia atrás, a la entrada del club. Tres porteros cubrían la puerta y hacían pasar a la

fila que esperaba afuera en grupos. Xander no se veía por ninguna parte. No me había seguido. Aunque tampoco lo necesitaba con cualquiera que fuese la conexión que tenía con mi familia.

—Carina —dijo Rahat de nuevo—. Háblame. ¿Está todo bien?

—Ese hombre en el bar...

—¿El italiano guapo que parecía querer devorarte?

Me estremecí ante sus palabras. —Sí, ese hombre.

Rahat me entregó mi chaqueta y se puso la suya sobre su mono. —Entonces, ¿cuál es el problema? ¿De repente desarrollaste una aversión a los hombres increíblemente guapos que claramente tienen dinero y quieren devorarte?

—Solo a este —pensé en sus palabras por un momento y en la forma en que Xander enviaba fríos tentáculos de miedo por mi columna vertebral—. El problema es —dije—, que no puedo quitarme la sensación de que este hombre en particular quiere cortarme en pedacitos con un hacha antes de devorarme, si eso tiene sentido.

—Si estás recibiendo una vibra de asesino en serie espeluznante de él, tal vez deberías hablar con Gabriel —me hizo un gesto para que volviera adentro, pero negué con la cabeza.

—Volvamos a mi casa por ahora y abramos estas botellas. Tal vez estoy exagerando y todo esto parecerá una tontería por la mañana —dije, sabiendo muy bien que no sería así. Además, por primera vez en mi vida, tenía la sensación de que Gabriel no podría protegerme.

Pasamos los siguientes cinco minutos intentando parar un taxi.

—A Frogmal, por favor —dije, subiendo cuando finalmente uno se detuvo para nosotras.

Cerramos las puertas, nos pusimos los cinturones de seguridad y arrancamos. Rahat sacó una de las botellas del portador.

—¿Le importa? —le preguntó al conductor.

—No, si están dispuestas a pagar por cualquier daño y viajes perdidos de la noche si ensucian o rompen algo.

—Trato hecho —dijo Rahat y destapó el Prosecco.

Tomó un sorbo y me pasó la botella. ¿*Por qué demonios no?* pensé y tomé un trago extra grande yo misma. Para cuando llegamos a mi piso en Hampstead, habíamos terminado la primera botella y estábamos listas para abrir una segunda.

—¿Qué tienes para comer? —preguntó Rahat mientras entrábamos, colgábamos nuestros abrigos en el perchero y nos quitábamos los zapatos para no dañar el suelo de parquet.

—No mucho. Terminemos la segunda botella y luego pidamos comida china.

—Suenas como un plan —dijo y enlazó su brazo con el mío—. Aunque, bebamos la próxima botella en copas.

—Esa podría ser una buena idea.

Mi mente estaba a un millón de kilómetros de los eventos en el club cuando sonó mi teléfono.

—Yo nos serviré una copa —dijo Rahat y soltó mi brazo para tambalearse hacia la cocina.

—¿Hola? —dije, contestando la llamada.

—Carina, gracias a Dios que estás en casa. Necesito que hagas una maleta. Te he reservado un vuelo desde Heathrow a Nueva York en cuatro horas. Haré que alguien te recoja cuando llegues. Te llevarán a un lugar seguro.

Me sobré instantáneamente al escuchar sus palabras y me apoyé contra la pared, dejando caer mi cabeza hacia atrás. —Es por Xander Caruso, ¿verdad?

Gabriel resopló al otro lado de la línea. —Ah, mierda. Solo... solo desearía que no

hubieras estado en el club esta noche. Así él nunca te habría visto.

Sin que me gustara el tono que implicaba que de alguna manera esto era todo culpa mía, me enderecé y dije: —Estoy en el club todos los malditos viernes por la noche.

—Lo sé, lo sé. No te estoy culpando. Si hubiera tenido la más mínima idea de que venía, te habría dicho que te quedaras en casa.

Rahat entró en la habitación blandiendo dos vasos. En cuanto vio mi cara, los dejó en la mesita lateral y me lanzó una mirada interrogante. Aparté el teléfono de mi boca y le conté lo que Gabriel había dicho.

—¿El tipo asesino en serie? —preguntó.

Asentí y volví a la llamada. —¿Quién demonios es este Xander Caruso? —pregunté.

—Digamos que es un hombre malo que no se detendrá ante nada para conseguir lo que quiere. Y esta noche, ha decidido que lo que quiere eres tú.

—Pues dile que no puede tenerme, joder.

—¿No crees que eso es exactamente lo que ya he hecho? —dijo Gabriel con voz tensa.

—Entonces, ¿por qué tengo que huir?

—Como te dije, es un hombre que consigue lo que quiere.

—De ninguna manera vas a ir a Nueva York sin mí —dijo Rahat—. No me separaré de tu lado hasta que se hayan encargado de este asesino en serie, Xander.

Aparté el teléfono de mi boca. —No va a ser un viaje de compras divertido —dije—. No puedo pedirte que lo dejes todo y te encierres en una habitación por Dios sabe cuánto tiempo.

Mi amiga se cruzó de brazos y adoptó su pose terca, completa con el pie golpeando el suelo.

—Carina... Carina... —la voz de Gabriel sonaba amortiguada en la línea.

—¿Qué pasa ahora? —dije, volviendo al teléfono.

—¿Xander conoció a Rahat en el club?

—No se conocieron exactamente, pero la vio hablando conmigo y sabe que nos fuimos juntas.

—Entonces ella va contigo, quiera o no.

—No puedes decirle qué hacer.

—¿Qué dijo? —preguntó Rahat, cogiendo su vaso y dando un trago.

—Dijo que tienes que venir conmigo, quieras o no.

—Ya dije que iba a ir, maldita sea.

Me froté la cabeza. Esta conversación a tres bandas era imposible. —Si Xander me encuentra en Nueva York y Rahat está conmigo, la pone en peligro.

—Si desapareces y Rahat se queda atrás para ser interrogada, la pone en un peligro aún mayor. Como ella sabe adónde vas, su tortura y posterior muerte a manos de Xander lo pondrán directamente sobre tu pista. —Dijo las palabras con voz monótona, y supe que hablaba en serio.

Miré a mi amiga. Siempre me preocupó que su asociación conmigo fuera su perdición. Ahora, no podía haber duda.

—¿Qué está diciendo? —preguntó ella.

Suspiré. —Vamos a Nueva York —respondí—. ¿Gabriel?

—¿Sí?

—¿Y tú? ¿Estarás bien?

—Puedo cuidarme solo —respondió y se quedó en silencio unos segundos. Después de un momento, añadió—. Reservaré a Rahat en el mismo vuelo que tú y te enviaré los detalles por correo electrónico. Haz las maletas y toma un taxi a Heathrow tan pronto como puedas. Hablaré

contigo en unos días cuando estés a salvo y asentada. Ah, y dejad vuestros móviles. Ahora solo servirán para rastrearos. Encontraré otra forma de contactaros.

—De acuerdo. Cuídate —dije.

—Tú también.

Capítulo Uno

Jameson

—Yo cargar bebé —soltó Charlie entre risitas tan pronto como Cane entró en la oficina de Caleb con Thea, quien llevaba a su hija de dos meses en brazos. Saltó sobre la silla libre junto a Rex y dio palmaditas en su regazo.

Amber salió de detrás del escritorio y extendió la mano.

—Charlie-bebé, ¿qué te parece si tú, yo, la tía Thea y Toni-bebé bajamos y dejamos a los hombres con su aburrida conversación? —dijo—. Estoy segura de que la tía Thea te dejará cargar a Toni allí.

—Vale —dijo Charlie y saltó del asiento antes de agarrar la mano de Thea y arrastrarla fuera de la habitación.

Cane le dio un rápido beso en la mejilla a Thea y ocupó el asiento que Charlie acababa de dejar vacante. Por el rabillo del ojo, no pude evitar notar el amor que brillaba en los ojos de Caleb mientras todas salían.

Lucky las pasó cuando se dirigían a la salida. El último de nuestro grupo en llegar, acarició la cabeza de Charlie al pasar y arrulló al bebé antes de encaramarse al borde del aparador. Me senté en el alféizar de la ventana y miré hacia afuera. El sol estaba alto en el cielo y una cálida brisa me golpeaba la cara a través de la ventana abierta.

Lucky hizo una broma sobre cómo el club se estaba convirtiendo en una guardería. Todos rieron cuando Cane respondió con una pulla, insinuando que Lucky era el niño más grande de todos. Sonreí. Era extraño lo cercano que me había vuelto a cada uno de estos hombres. Cuánto había invertido en sus vidas y su felicidad. Moriría por cualquiera de ellos, y nunca dudé que ellos harían lo mismo por mí.

Cane y Caleb eran hermanos de sangre, pero todos éramos hermanos del Club de Motociclistas Medianoche Eterna. Nuestro club de motocicletas, nuestra familia. Nunca pensé que encontraría otra después de despedirme de la mía, después de darle la espalda al negocio familiar todos esos años atrás.

Caleb nos había convocado a los cinco. El único hermano ausente, que normalmente asistía a las reuniones, era Bono, pero se estaba tomando un merecido descanso para reconectar con su prometida, Hope.

Las risas se apagaron y Cane preguntó:

—¿Qué pasa? —dando inicio a la reunión.

—El dispensario en Fort Collins ha estado teniendo muchos problemas últimamente. Nada grave. Vandalismo, ventanas rotas, grafitis. Ese tipo de mierda. Empezó hace un mes más o menos, y Bono iba a hacer un viaje para averiguar qué estaba pasando. Pero todos sabemos que ese viaje se descarriló.

—¿Quieres que vaya yo? —preguntó Cane.

Caleb negó con la cabeza.

—Tengo más sentido común que intentar alejarte de Thea y el bebé. El viaje podría durar desde un día hasta más de un par de semanas. Necesito que vayan ustedes tres —dijo, dirigiendo la última parte a mí, Lucky y Rex.

—No hay problema —dijo Rex—. ¿Cuándo quieres que salgamos?

—Ayer —dijo Caleb y sonrió.

Lucky asintió y se levantó para marcharse. Rex lo siguió. Yo me moví en el alféizar.

—¿Qué esperas que encontremos? —pregunté, curioso por lo que no nos estaban diciendo. A menudo hacíamos viajes para verificar los diversos intereses comerciales de los hermanos, pero estos normalmente se programaban con anticipación. Pequeñas cosas como el vandalismo se dejarían para que el capítulo local las manejara.

Caleb se reclinó en su silla y soltó un suspiro.

—Mierda si lo sé —dijo—. Podría ser alguna disputa menor, o podría ser el primer movimiento de un grupo rival para tomar el control de la ciudad. Pero parece estar escalando. Espero que puedan averiguar qué coño está pasando cuando lleguen allí.

Estaba a punto de responder cuando sonó mi teléfono. Lo saqué del bolsillo de mi chaqueta. Mi cabeza instantáneamente empezó a latir como si estuviera a punto de explotar cuando vi el nombre "Jordan" asociado al número.

—Tengo que atender esto —dije.

Caleb entrecerró los ojos mirándome pero asintió. No interrumpiría la reunión a menos que fuera algo serio. Salí de la habitación sin mirar atrás.

Jordan era mi hermano de sangre, aunque ninguno de mis nuevos hermanos lo sabía. No era alguien a quien le gustara hablar de mí mismo o de mi pasado. Era algo mejor dejarlo enterrado. Mis hermanos del club tenían una broma recurrente sobre la vez que aparecí en el bar, Ancla de Medianoche, con un traje elegante, luciendo al borde del colapso. La verdad es que estaba más allá del punto de quiebre. Los hermanos me acogieron y me convirtieron en una mejor persona de lo que jamás había sido antes. Me dieron una vida más simple donde las cosas a menudo eran blancas o negras y no cincuenta tonos diferentes de gris. Me dieron una familia que podía respetar.

Había evitado todo lo relacionado con mi familia de nacimiento durante más de seis años, pero la necesidad me había llevado a contactarlos, y mi hermano no dudó en ayudar cuando necesitamos proteger a Hope. Aunque esa ayuda vino con un precio, una deuda pendiente.

Cerré la puerta tras de mí, solté un profundo suspiro y contesté el teléfono. Sin duda, Jordan llamaba para cobrar esa deuda.

—¿Qué quieres que haga? —decidí prescindir de cualquier formalidad.

—También me alegro de oír tu voz —dijo Jordan, incapaz de ocultar el tono amargo en su propia voz.

—No tomé esto como una llamada social.

Se quedó en silencio por unos segundos, y un torniquete se apretó alrededor de mi pecho. —¿Recuerdas a Xander Caruso? —preguntó, y el torniquete comenzó a apretarse aún más.

—¿Cómo podría olvidarlo?

Jordan se burló, y supe que se estaba conteniendo de hacer un comentario sobre cómo había olvidado a mi propia familia. —Gabriel Rizzo llamó desde Londres. Su hermana está en problemas. Caruso la quiere a toda costa —dijo en su lugar. El torniquete se volvió demasiado apretado, así que me senté en el suelo y apoyé la cabeza contra la pared—. Ella y una amiga deben llegar al J.F.K. en once horas. Dado que estás en el negocio de proteger mujeres, necesito que las mantengas a salvo. Especialmente a la hermana de Gabriel.

Recordé a la hermana de Gabriel del funeral de su padre, y el de su madre antes de ese. Carina, creo que era su nombre. Era una niña flacucha, ahogada en pérdidas y en el mar de corrupción que rodeaba a ambas familias. Pero se había mantenido erguida y me había estrechado la mano cuando se la ofrecí para darle el pésame por su pérdida. Me irritaba que Caruso hubiera puesto sus ojos en ella, especialmente considerando que su padre había sido fundamental en la muerte de su madre.

—Envíame los detalles y una foto reciente, y estaré allí —dije antes de añadir que le enviaría un mensaje para confirmar si podía hacer mis arreglos de vuelo desde Denver y colgué.

Miré la puerta de la oficina de Caleb y negué con la cabeza antes de arrastrarme hasta ponerme de pie y volver a entrar. —Mi contacto en Nueva York está cobrando mi deuda —dije tan pronto como entré. Todas las miradas se dirigieron hacia mí—. Hay un par de chicas que deben llegar a Nueva York. Necesito tomar un vuelo desde Denver en las próximas horas.

Caleb se puso de pie. —Haré que Amber se encargue de eso. —Ella trabajaba en el aeropuerto y a menudo podía reservarnos un vuelo con poco aviso—. Rex irá contigo —añadió. Estaba a punto de objetar cuando levantó la mano para silenciarme—. Esta es nuestra puta deuda, no solo tuya. Él va.

Mi teléfono vibró con un mensaje de Jordan confirmando los detalles del vuelo de las chicas.

—Tenemos que movernos rápido —dije.

Caleb rodeó su escritorio y se dispuso a salir; todos lo seguimos. —Lucky —se detuvo por un momento en la puerta—, ¿estás bien para tomar un par de hermanos e ir a Fort Collins? —preguntó, recordando la razón original de nuestra reunión.

—No hay problema —dijo Lucky, haciendo eco de las palabras anteriores de Rex.

Capítulo Dos

Carina

Estaba exhausta cuando llegamos a Nueva York. Rahat había estado muy emocionada durante la primera hora de nuestro vuelo, y luego se quedó dormida el resto del viaje. Se despertó renovada con el tiempo justo para ir al baño y retocar su maquillaje antes de que el piloto anunciara nuestra inminente llegada. Yo no había logrado dormir ni un minuto, y no por falta de intentarlo. Mi mente no dejaba de divagar hacia Xander Caruso y lo que haría si me encontraba. Diablos, ni siquiera conocía al hombre. Deseaba haberle hecho más preguntas a Gabriel. Cualquier pregunta. Seguía imaginando que el nombre Caruso me resultaba familiar de alguna manera, pero eso no sería una sorpresa. Intentaba mantenerme al margen de la logística diaria del negocio familiar, pero conocía a la mayoría de los actores clave, y a menudo se mencionaban otros nombres. Sin duda, Caruso era uno de ellos.

Eran poco más de las 5 de la mañana cuando recogimos nuestro equipaje y salimos. Mis nervios estaban aumentando y empezaba a preocuparme por quién habría enviado Gabriel para recibirnos. Había algunas familias mafiosas con las que trabajaba en Nueva York. Tenía contactos en todas partes, familias aliadas a la nuestra. Podía pensar en al menos dos de ellas a las que mi hermano podría recurrir en busca de ayuda en la ciudad.

Escané el pequeño grupo de personas que esperaban para recibir a los recién llegados y llevarlos a su próximo destino. Un hombre unos años mayor que yo, quizás de unos veintiocho, se abrió paso entre Rahat y yo, gritando un tardío «Disculpen» después de hacerlo. Mentalmente lo perdoné tan pronto como corrió hacia una morena que sostenía a un niño somnoliento y los envolvió a ambos en sus brazos.

—No creo que haya nadie aquí para nosotras —dijo Rahat—. Tal vez deberíamos tomar un taxi y registrarnos en un hotel en Times Square. Podríamos llamar a tu hermano desde allí. Quién sabe, tal vez podríamos hacer algunas compras, después de todo.

Suspiré, sin saber qué hacer. El plan de Rahat era tan bueno como cualquiera de nuestras otras opciones. La mayoría consistían en quedarnos paradas y parecer confundidas.

Estaba a punto de estar de acuerdo cuando una voz firme sonó detrás de mí.

—Carina Rizzo.

Me congelé por un segundo antes de tomar una respiración profunda y darme la vuelta. ¡Joder!

Decir que me sorprendió encontrar al hombre más sexy del mundo frente a mí sería quedarse corto. Era todo músculo y poder y gritaba sexo. Mis bragas se empaparon solo con mirarlo. Estaba acompañado por otro hombre, y ambos vestían jeans y chaquetas de cuero de motociclista. Me removí bajo su mirada. No parecía el tipo de persona que mi hermano conocería.

—Carina Rizzo —repitió el Sr. Sexo-sobre-dos-piernas. Lo miré de arriba abajo. Era guapo e intenso. Sus ojos profundos como la medianoche me quemaban—. Rahat Jones —añadió mirando en su dirección antes de volver su mirada hacia mí. Ella lo observó con cautela. Ninguna de las dos confirmó nuestra identidad—. Nuestro vuelo sale en cuarenta minutos —dijo—. Deberíamos irnos.

Mis entrañas se contrajeron, e intenté imaginar cómo se vería sin ropa. En las películas, hombres como este estaban cubiertos de tatuajes. Me lamí los labios y resistí el impulso de extender la mano para acariciar un pecho que parecía hecho para la tinta.

Sus ojos brillaron con algo por un momento antes de que se diera la vuelta para irse, mientras su compañero se ofrecía a empujar el carrito que llevaba nuestras maletas.

Inconscientemente, me moví para ponerme en línea detrás de él. Rahat me agarró del brazo y me dio una mirada significativa, haciéndome volver a mis sentidos.

—No vamos a ir a ninguna parte con usted —dije—. ¿En qué diablos estaba pensando? No conocía a este tipo de nada, pero si tenía la más mínima idea de que iba a ir a alguna parte con alguien que parecía recién salido de la serie de televisión *Sons of Anarchy*, estaba muy equivocado. Incluso si tenía un cuerpo que exudaba sensualidad y poder, y ojos intensos que me humedecían solo de pensar en ellos recorriendo mi cuerpo desnudo.

Bajé la mirada e intenté apartar las reacciones que mi cuerpo tenía ante su presencia, pero esto solo sirvió para resaltarlas más cuando noté mis pezones sobresaliendo a través de mi camiseta, exigiendo ser apretados.

De repente, me sentí muy consciente de que Rahat parecía recién salida de la portada de una revista mientras yo parecía... bueno, parecía una ninfómana hambrienta de sexo que no había dormido en más de veinticuatro horas y estaba siendo atormentada por la resaca del infierno después de haber bebido mucho más Prosecco del que era bueno para mí.

Me aclaré la garganta, aparté la mirada de la camiseta negra que solo resaltaba los firmes músculos de su pecho, y miré fijamente esos magníficos ojos. Haciendo mi mejor esfuerzo por ignorar la humedad entre mis piernas y el dolor en mi centro, me erguí todo lo humanamente posible para alguien de solo un metro sesenta y tres de estatura, y dije:

—¿Quién demonios eres y quién coño te envió?

Mantuve mi rostro inexpresivo, pero por dentro sentí cierta satisfacción de que mi voz no hubiera vacilado.

Una leve sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. Casi podría creer que la había imaginado, de lo rápido que desapareció.

—Este es Rex —dijo el otro hombre inclinando la cabeza y dedicándonos una cálida sonrisa—. Probablemente no me recuerdes. Me llamo Jameson. Nos vimos por última vez en el funeral de tu padre.

Estudí su rostro e intenté ubicarlo. Fruncí el ceño. Sí reconocía a este hombre de los funerales de mis padres. La mayoría de los hombres presentes nunca me miraron, y mucho menos me hablaron, aunque estuve junto a mi hermano en ambas ocasiones. Todas sus palabras de consuelo fueron para Gabriel, pero este hombre me había ofrecido sus condolencias y me había estrechado la mano. Se veía diferente entonces, más joven, sin duda, y su forma de vestir también había sido notablemente más refinada. Y como niña en duelo, ciertamente nunca había reaccionado a él de la manera en que mi cuerpo lo hacía ahora.

—Lo recuerdo —dije después de aclarar mi garganta—. ¿Mi hermano le pidió que viniera?

—Habló con mi hermano, Jordan Swash. Jordan me pidió que viniera —dijo, y no pude evitar notar el ligero cambio en sus ojos hacia su compañero cuando dijo esto. La familia Swash era una de las dos a las que pensé que mi hermano recurriría, así que en lugar de hacer más preguntas, asentí y accedí a irme con ellos.

—Dijiste que tomaríamos otro vuelo —dijo Rahat—. ¿A dónde nos dirigimos si no nos quedamos en Nueva York?

Rex la miró con una gran sonrisa radiante en su rostro.

—Nada menos que al gran Estado del Centenario.

—¿Dónde? —La confusión de Rahat igualaba la mía.

—Colorado.

—¡Colorado! —exclamamos Rahat y yo al mismo tiempo.

Rahat se detuvo en seco y cruzó los brazos sobre su pecho.

—No es por bromear —dijo—, pero ¿hay mucha gente como yo en Colorado? Ya sabes, de herencia india. O sea, mis abuelos vinieron de la *India*.

Rex se rio.

—No es el fin del mundo.

—No es como si fueras a salir de la casa cuando lleguemos allí —añadió Jameson, desanimando aún más a Rahat.

Mi estómago se revolvió mientras seguía a Jameson. Estaba agotada hasta los huesos y no esperaba tomar otro vuelo. No deseaba nada más que una ducha y unas buenas diez horas de sueño, pero cada vez que miraba a Jameson, me lo imaginaba en la ducha conmigo.

Rahat y Rex charlaban como viejos amigos. A Rahat le gustaba hacerse la tonta, pero en cuanto alguien mencionaba una computadora, se convertía en una completa friki de la tecnología. Por los fragmentos que capté de su conversación, parecía haber encontrado un alma gemela en Rex.

Mientras abordábamos el avión hacia Denver, intenté dejar de pensar en Jameson deslizándose entre mis piernas y mordisqueando mi clitoris con esos dientes perfectos, y meforcé en cambio por pensar en lo que sabía sobre nuestro destino. Había estado en Nueva York cientos de veces, en Los Ángeles y Las Vegas también, pero Colorado era nuevo para mí.

Había oído que estaba lleno de cañones y mesetas desérticas altas, así como montañas boscosas. Recordé que, hace años, un amigo de la universidad mencionó que se dirigía allí en un viaje de esquí. Pero eso era todo lo que sabía.

La ropa de Jameson también me hacía pensar. No es que me molestara en lo más mínimo la forma en que sus vaqueros se ajustaban a su firme trasero. Joder, todo en él era tan firme y perfecto. Es solo que... su ropa estaba muy lejos de los trajes de negocios Armani que normalmente usaban los asociados de Gabriel, y el que Jameson solía usar, si la memoria no me fallaba. Aunque, tal vez siempre se vestía así y se ponía sus mejores galas para los funerales. La chaqueta de cuero era un poco extraña, con un cráneo del que brotaban alas y una luna llena detrás. Las palabras "Club de Motociclistas Medianoche Eterna" estaban escritas debajo. Rex tenía el mismo emblema en su chaqueta.

Sacudí la cabeza, intentando desechar la idea de que pudieran estar involucrados en algún tipo de culto extraño. Eso desvió mis pensamientos a desear que fuera un culto sexual donde Jameson me atara y me provocara las 24 horas del día, los 7 días de la semana. *¿Qué demonios me pasa?* Lo más probable es que la ropa fuera parte de un disfraz planeado para mantenernos a salvo. Miré mis jeans y camiseta de Dior y decidí que Rahat y yo quizás estábamos demasiado elegantes.

Me estrujé el cerebro, tratando de recordar todo lo que sabía sobre la familia Swash. Había visto a Jordan unas veinte veces cuando visitaba a mi hermano durante los últimos diez años, pero Jameson nunca lo acompañaba, lo que lo convertía en algo así como un misterio, especialmente porque creía que Jameson era el mayor de los dos hermanos. Tenía la misma mandíbula fuerte y angular que su hermano, y ambos eran altos, pero físicamente, ahí terminaba la similitud entre ellos. Jameson era el más grande de los dos, con músculos abultados en lugar de las líneas esbeltas que poseía su hermano. Aunque su cintura parecía perfecta para envolverla con mis piernas.

Dejé que mi mirada recorriera su cuerpo y decidí que necesitaba saber todo lo que

hubiera que saber sobre él, y ver cada centímetro.

—Rahat —dije tan pronto como abordamos el avión a Denver, —¿estarás bien junto a Rex por un rato? Necesito hablar con Jameson.

Rahat miró a Rex, quien una vez más le sonrió radiante. Ella se rio y confirmó que estaría bien.

Respiré profundamente y miré alrededor de la cabina. Solo la mitad de los asientos estaban ocupados en el vuelo, y nuestro grupo no estaba sentado cerca de ningún otro pasajero.

—Yo tomaré el pasillo —Jameson me indicó que tomara el asiento de la ventana—. Tienes preguntas —dijo tan pronto como estuvimos cómodos o, al menos, dimos la apariencia externa de estarlo.

De repente, mi boca se secó mucho, y me lamí los labios. Jameson desvió la mirada como si se negara a mirarme y se quedó mirando la pantalla en el respaldo del asiento frente a él. Tragué saliva rápidamente, sintiéndome como si me hubieran atrapado haciendo algo malo.

Sin duda, Jameson pensaba que era una tonta, prácticamente exigiendo sentarme con él, y luego quedarme sin palabras. Solté un resoplido y sacudí la cabeza de nuevo.

¿Qué demonios estaba haciendo, y por qué diablos debería importarme lo que piense de mí? No importaba que su más leve mirada enviara descargas de necesidad directamente a mi centro. Tal vez era mejor que mirara al frente. Sería prudente hacer lo mismo.

—Quiero saber lo que sabes sobre Xander Caruso —dije, más como una afirmación que como una pregunta—. ¿Y por qué mi hermano necesitaba enviarme lejos? —Puede que no fueran las palabras que tenía pensadas, pero eran preguntas para las que necesitaba respuestas.

Jameson no respondió al principio, y no estaba segura si debía reformular mis afirmaciones como preguntas o si simplemente estaba reflexionando sobre su respuesta. Después de un momento, dijo:

—¿Alguna vez has conocido a Xander Caruso?

—Sí.

—Entonces tienes tu respuesta.

Me quedé mirándolo, atónita por un minuto. *¿Qué demonios se suponía que significaba eso?* —No, no la tengo —dije, con una nota de incredulidad en mi voz.

Jameson echó la cabeza hacia atrás contra el asiento y exhaló profundamente por la nariz.

—Cuando conociste a Caruso, ¿te dio la impresión de que era un buen hombre?

—Te gusta responder a una pregunta con otra pregunta, ¿no? —pregunté. Jameson me miró, y vi de nuevo ese rápido destello de sonrisa en la comisura de sus labios. Se pasó la mano por debajo de la barbilla, y me imaginé que la pasaba por debajo de la mía, levantándose la cabeza para besarme. Aparté la mirada de nuevo y dije—: No. Definitivamente no era un buen hombre. Pero yo podría haberlo manejado —añadí, aunque sabía que eso no era cierto.

—¿Crees que yo soy un buen hombre?

La pregunta inesperada me pilló desprevenida.

Mi estómago dio un vuelco. Lo que pensaba era que era un hombre con el que quería hacer cosas sucias.

—Mi hermano no te habría confiado mi seguridad si no lo fueras —dije, apartando los pensamientos de él azotándome el trasero.

Extendió la mano por encima del asiento y arrastró la punta de su dedo sobre mis labios, tirando hacia abajo del inferior. Mi corazón latía con fuerza y mi interior se tensó mientras pensamientos de su polla entrando y saliendo de mi boca inundaban mi mente.

—Tienes el cuerpo de una mujer ahora, pero en el fondo sigues siendo una niña ingenua.

Se apartó, y mi corazón se hundió hasta el fondo de mi estómago. Me ericé ante sus comentarios, agarré los auriculares proporcionados por la aerolínea y me los puse en la cabeza para bloquear cualquier intento adicional de conversación con música. Volviéndome para mirar por la ventana, ignoré la nueva oleada de humedad en mis bragas y resolví que le demostraría cuánto me había convertido en una mujer.

Capítulo Tres

Jameson

Tal como había planeado, Carina se apartó de mí enfadada.

Había sido una sorpresa ver a la niña que conocí ya crecida en la fotografía que Jordan me envió, y una sorpresa aún mayor verla en persona. Cualquier idea de que siguiera siendo una niña se desvaneció en un instante. Estaba llena de curvas naturales y deliciosas. Y la manera en que me miraba... joder... esos ojos brillaban con una miríada de emociones a la vez. Y esos labios, tan sensuales y besables. Me hizo imaginar cómo se sentiría explorar esas curvas con mi lengua.

El resto del vuelo pareció durar una eternidad. No podía sacarme de la cabeza la imagen de Carina atada con los brazos y piernas abiertos a mi cama, con mi lengua explorando cada centímetro de su coño. El viaje desde el aeropuerto hasta la casa de seguridad pareció durar aún más. Ella seguía fingiendo estar enfadada conmigo. Pero la mirada en sus ojos decía lo contrario y hacía que mi polla cobrara vida en mis pantalones. Me removí en mi asiento, y Rex me lanzó una sonrisa cómplice desde el asiento del copiloto. Qué inmaduro. Como si él no hubiera tenido una erección todo el tiempo que estuvo hablando con Rahat.

Gruñí por lo bajo y sacudí la cabeza. Aunque no deseaba nada más que meter y sacar mi polla engordada de su apretado coño, estaba aquí para mantenerla a salvo. Nada más. Nada menos. Además, me había despedido de mi familia por las traiciones y el drama, por demasiados juegos. Carina Rizzo no era más que una gran bomba de tiempo llena de drama explosivo. Solo deseaba que mi maldita polla se diera cuenta.

Poco después del mediodía, nos detuvimos frente a la casa de seguridad, como se estaba empezando a conocer. Una casa de estilo colonial rodeada de unos cuantos acres de tierra. Era una de las varias propiedades en la cartera que mi hermano y yo heredamos, y había sido mi destino original cuando decidí establecerme en Colorado por un tiempo. Eso fue hace más de siete años. Nunca llegué a la casa entonces. Conocer a los hermanos del Club de Motociclistas Medianoche Eterna hizo que me estableciera en Castle Rock en su lugar. Originalmente habíamos usado la casa para mantener a Amber escondida del líder de un club de motociclistas rival; un acto que me reconectó con mi hermano. Había necesitado su ayuda de nuevo para salvar a Hope, la prometida de Bono. Él la creía muerta hacía mucho tiempo, pero en realidad, había sido puesta en el Programa de Protección de Testigos después de presenciar un asesinato de la Mafia. Esos pasos me llevaron a la deuda que estaba pagando hoy, y no podía evitar sentir que mi nueva vida se estaba conectando de demasiadas maneras con la antigua.

Carina y Rahat saltaron del coche tan pronto como se detuvo. Rex y yo agarramos sus bolsas y las dirigimos adentro. Carina me miró por encima del hombro, mordiéndose el labio inferior y sonriendo.

—Bonito lugar —dijo, habiendo obviamente renunciado a la idea de fingir estar enfadada.

Gruñí e intenté no mirar el contoneo de sus caderas mientras se balanceaban de un lado a otro.

Las chicas se refrescaron. Después de eso, Rex les dio un recorrido por la propiedad mientras yo buscaba en los armarios y la nevera para ver si teníamos algo de comida. Solo habíamos decidido venir a la casa de seguridad durante el vuelo a Nueva York y no habíamos hecho arreglos para que se proporcionaran suministros. Consideré llamar a Caleb y pedirle si

podía hacer que uno de los hermanos hiciera una carrera a la tienda por nosotros, pero Rex se ofreció voluntario tan pronto como volvió adentro.

—Oh, yo también —Rahat se colgó de su brazo.

Rex no pudo evitar sonreír, y supe que ninguno de los dos planeaba pasar la noche solo.

—Ni hablar. Serán demasiado llamativos —dije, ignorando la mirada que Rex me dio.

—Déjala ir —dijo Carina—. No hay forma de que Xander sepa que estamos siquiera en los Estados Unidos todavía. Esta podría ser su última oportunidad de salir de la casa.

Por la mirada que tanto Rex como Rahat me dieron, supe que querían algo de tiempo a solas. También sabía que Carina tenía razón. Refunfuñé y sacudí la cabeza, preocupado de que mi reticencia a dejar que Rahat se fuera tuviera más que ver con mi preocupación por quedarme a solas con Carina. —Está bien —dije después de un momento—. Pero que sea un viaje rápido. No llamen a casa y no llamen la atención sobre ustedes mismos.

Rahat casi chilló de alegría antes de volverse hacia Carina. —¿Quieres venir? —preguntó, pero Carina negó con la cabeza y dijo que se quedaba aquí conmigo. Por supuesto que sí. Aunque, la mirada que me dio no podría haber sido más clara, haciendo que mis preocupaciones aumentaran.

Tan pronto como los otros se fueron, me pidió un vaso de agua. Alcancé el armario y saqué un vaso antes de servirle agua del grifo.

Le entregé el agua, pero en lugar de tomarla, agarró mi mano y se acercó, mirándome sugestivamente.

¡Nada más que una maldita bomba de tiempo! Me recordé a mí mismo. Debería haberme apartado y salido de la habitación. Pero no iba a irme y dejar las cosas en el aire entre nosotros. Que Dios me ayude, tenía que cortar de raíz lo que fuera esto. Nunca podría haber nada entre nosotros. Ella era demasiado parte de mi antigua vida, y yo no quería tener nada más que ver con ella.

Levanté su barbilla para que nuestros ojos se encontraran. —No juego —dije.

—Yo tampoco —respondió antes de colocar el vaso en la encimera y plantar sus labios en los míos, sin romper nunca nuestra mirada.

Capítulo Cuatro

Carina

Jameson me devolvió el beso, enviando un fuego ardiente hasta lo más profundo de mi ser. Sabía que lo haría. Su atracción hacia mí era tan clara como la mía hacia él. Nos besamos profunda y rápidamente. Su lengua exploró mi boca. Mi corazón se aceleró. Una necesidad desesperada de sentir su miembro me abrumó.

Deslicé mis manos dentro de sus vaqueros, los abrí y me aventuré en su interior. Jadeé al sentir su tamaño contra mis dedos. Se hizo aún más grueso y se hinchó mientras lo tocaba.

—No sabes lo que estás empezando —susurró y me apartó un poco.

Me lamí los labios. —Sé lo que quiero.

Apreté con más fuerza y él gruñó. Antes de darme cuenta, su mano se deslizó alrededor de mi cabeza y entre mi cabello. Su puño se cerró con fuerza en mi cuero cabelludo y me echó la cabeza hacia atrás bruscamente. Jadeé y solté su miembro. Mis bragas se humedecieron aún más.

Su labio se curvó y esta vez no había forma de perderse la sonrisa en su borde o el brillo en sus ojos. Parecía listo para desnudarme por completo, y yo quería... necesitaba que lo hiciera. Quería pararme frente a él desnuda y expuesta, con sus ojos recorriendo cada centímetro de mi cuerpo. Sus manos, su lengua, explorando cada rincón de mí. Y sabía que él también lo quería. Por eso, cuando gruñó y se apartó de mí, mi reacción inmediata fue de sorpresa, que rápidamente se convirtió en enojo.

—¿Qué demonios? —dije, con la voz más aguda de lo que me hubiera gustado.

—Estoy aquí para mantenerte a salvo —dijo Jameson y se movió alrededor del mostrador hacia la puerta trasera—. No para entretenerme. No soy tu juguete y, como dije, no juego juegos.

—Podrías haberme engañado. —Me había devuelto el beso. Me deseaba tanto como yo a él. Me había apartado en el avión y ahora estaba haciendo lo mismo. Y aun así, tenía la audacia de decir que no juega juegos, como si yo fuera la que está jugando. Quería gritar, o mejor aún, golpearlo en la cara. Mis puños se apretaron, pero antes de que pudiera hacer algo, abrió la puerta trasera y salió furioso al jardín, cerrándola de un portazo detrás de él.

Lo observé a través de la ventana; su rostro estaba tenso cuando sacó su teléfono del bolsillo. Se dio la vuelta dando la espalda a la casa, y me acerqué sigilosamente, abriendo la puerta para escuchar su llamada.

—¿En qué mierda me has metido? —preguntó al teléfono. Me estremecí. Yo podría preguntar lo mismo, joder.

Cualquier otra cosa que dijo se perdió mientras se dirigía hacia la cerca eléctrica que rodeaba la propiedad, aparentemente una nueva adición a sus medidas de seguridad. Había cámaras por todas partes y Rex se había deleitado mostrándonos todo. Nuestro recorrido había incluido una gran habitación segura que presumía de una puerta a prueba de balas y un sistema de cierre multipunto blindado. El lugar parecía acogedor, con un gran sofá de cuero marrón, un televisor, un ordenador portátil y estanterías. Eso fue hasta que Rex abrió uno de los armarios para mostrarnos el pequeño inodoro portátil y otro para demostrar cómo necesitaríamos encender y apagar nuestro oxígeno. Ni siquiera podía imaginar una situación en la que se necesitara tal habitación, y la idea de estar encerrada en esa prisión sin ventanas me provocó escalofríos y me llenó de pavor.

Cerré la puerta trasera suavemente y me volví para mirar alrededor de la cocina. Mi

estómago rugió y deseé haber ido con Rahat. Cualquier cosa sería mejor que estar atrapada en esta casa.

Estaba a punto de subir las escaleras y gritar en una almohada cuando la puerta principal se abrió de golpe, haciendo que un peso como una bola de plomo se hundiera en mi estómago. Me quedé inmóvil, sin saber a dónde ir o qué hacer. La habitación segura era una opción, pero Jameson estaba más cerca. Ninguna de las dos sonaba atractiva en ese momento.

—Carina.

Una oleada de alivio al escuchar la voz de Rahat me hizo exhalar un suspiro de aire. Un segundo después, la puerta de la cocina se abrió de golpe y Rex arrastró a Rahat por el brazo. La expresión en ambos rostros me dijo que algo andaba mal.

—¿Dónde está Jameson? —exigió Rex. Asentí hacia la puerta trasera, y Rex empujó a Rahat hacia un taburete del desayuno—. Siéntate ahí y espera —dijo y se fue.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Rex es un maldito imbécil, eso es lo que pasó —respondió Rahat—. No habíamos recorrido ni un kilómetro cuando se puso todo prepotente por mi móvil...

—¡Tu móvil! —Mi corazón se hundió—. Te dije que lo dejaras en casa. Sabes lo que está en riesgo.

—No sé nada y tú tampoco —dijo, pero tuvo la decencia de parecer avergonzada mientras lo decía.

Cuando Jameson irrumpió por la puerta trasera con Rex detrás un momento después, me puse delante de mi amiga. Él frunció el ceño, pero detuvo su carga y la expresión en su rostro se suavizó, apenas. Esperaba que eso significara que Rahat estaba fuera de peligro.

Se deslizó alrededor de la isla de la cocina y se paró frente a ella, con las fosas nasales dilatadas. Después de un segundo, descruzó los brazos y azotó el móvil de Rahat y su batería sobre la encimera. —¿Cuándo y dónde lo has usado? —preguntó.

Rahat me miró y luego fijó la vista en su teléfono sin responder.

Rex se aclaró la garganta. —Tenía la batería fuera, pero la puso y encendió el teléfono en el coche antes de que yo pudiera detenerla.

—¿Tiempo suficiente para que alguien pueda rastrearlo?

Rex se encogió de hombros y se volvió hacia Rahat. —Eso depende.

Rahat le lanzó una mirada furiosa. —No soy estúpida —dijo—. Desactivé todas las aplicaciones que usan servicios de localización antes de salir de Londres. Además, lo puse en modo avión y quité la batería.

—¿Desactivaste el GPS? —dijo Rex.

—Sí, desactivé el GPS.

Jameson se apoyó contra la encimera y se pasó la mano por la cabeza; sus labios apretados en una línea dura. —¿Entonces deberíamos estar a salvo? —le dijo a Rex, quien asintió. Jameson se movió y se acercó a la encimera, al alcance del brazo de Rahat.

Ella se movió incómoda bajo su mirada, pero lo miró desafiante. —Todos ustedes están jodidamente locos —dijo—. Este tipo Xander ni siquiera sabe quién soy. Me vio con Carina por como cinco segundos, y ¿sabes qué? Parecía mucho más agradable que tú.

Jameson se apoyó sobre sus codos en la encimera y acercó su rostro al de Rahat. Sin apartar los ojos de los de ella, dijo: —¿Ah, sí? Conozco a Xander Caruso. Tuve que limpiar después de uno de sus desastres. Estábamos en Londres y un tipo lo empujó en un pub y lo llamó gilipollas. ¿Sabes lo que hizo?

Rahat tragó saliva y negó con la cabeza.

—Le rompió las rótulas. Le cortó los dedos uno por uno. Después de eso, le quemó los ojos con ácido de batería. ¿Quieres saber cómo lo encontré?

—Ya es suficiente —dije.

—Con su pene metido en la garganta. Xander se lo había cortado y lo usó para asfixiarlo hasta matarlo. —Tragué el nudo que se estaba formando en mi garganta e intenté ignorar las náuseas que me revolvían el estómago. Jameson inclinó la cabeza hacia un lado y continuó—: Xander nunca fue un hombre *agradable*, pero ese fue el día en que aprendí qué clase de hombre era realmente. Curiosamente, también fue el día en que aprendí que gilipollas era jerga británica para pene, pero eso ya lo sabes. ¿Quieres saber de qué más es capaz?

—No. Ya es suficiente —dije de nuevo—. Ella lo entiende.

—¿Lo entiendes? —preguntó Jameson.

Rahat asintió, y se le formaron lágrimas en los ojos. Su boca se abrió como si fuera a decir algo.

—Ella lo entiende —dije, mi enojo creciendo junto con mi miedo—. No tenías que decir nada de esta mierda.

Jameson dirigió su atención hacia mí. —*Ambas* necesitan saber que esto no es un juego. Rex y yo estamos aquí para protegerlas. Xander Caruso puede que te esté buscando a ti, Carina, pero no dudará en pasar por encima de Rahat para encontrarte. Acabo de hablar con mi hermano. Xander salió de Londres hacia Nueva York hace como una hora. No hay manera de que Gabriel o Jordan le hayan dicho a dónde ir, pero lo averigué de algu--

—Me conecté al Wi-Fi justo antes de llegar a Nueva York —dijo Rahat, con la voz temblorosa. Se volvió para mirar a Rex—. En el baño del avión. Solo quería revisar el messenger.

—Podrían haberlo rastreado a través de la dirección MAC —dijo Rex y negó con la cabeza—. Para conectarte al Wi-Fi, habrías tenido que desactivar el modo avión y habilitar el Wi-Fi. ¿Desactivaste el Wi-Fi y volviste a activar el modo avión después?

Rahat miró fijamente su teléfono sobre la encimera frente a ella. —N-no estoy segura —dijo después de un momento—. Hubo un anuncio diciendo que estábamos aterrizando y que deberíamos volver a nuestros asientos. Saqué la batería, pero simplemente no lo sé. P-puede que no lo haya hecho. No hay forma de estar segura sin volver a encender el teléfono —añadió.

Jameson gruñó y se frotó la cabeza de nuevo. —Recojan sus cosas. Nos vamos —dijo.

—¿Qué? Hemos estado en movimiento durante días. —No podía soportar tener que irme y ir a otro lugar, especialmente encerrada en el coche con Jameson, y no tenía duda de que Rahat se sentía igual respecto a Jameson y Rex.

—Nos vamos —repitió Jameson y recogió el teléfono y la batería de Rahat de la encimera—. Rex, asegúrate de que todo esté cerrado.

Dicho esto, salió de la cocina. Sus pasos resonaron en las escaleras, y me pregunté a dónde diablos iríamos ahora.

Rahat me agarró la mano.

—Lo siento, Carina. La probabilidad de que alguien rastreara mi teléfono, simplemente... no parecía creíble. Y la dirección MAC con el Wi-Fi... ¿Quiénes demonios son estas personas?

Le di unas palmaditas en la mano y le dediqué una débil sonrisa mientras la culpa me carcomía por dentro. Rahat quizás había sido imprudente con su teléfono, pero yo la había arrastrado a una situación que jamás podría haber comprendido. Ella no vivía mi vida, y la verdad era que yo apenas me daba cuenta de ello. Esta gente era mi familia. Eran mafia. Nos mantendrían a salvo debido a los lazos que mi familia tenía con la familia Swash, pero solo podía

imaginar hasta dónde llegarían esos lazos.

—No voy a ir con ustedes —dijo Rahat mientras extendía la mano y agarraba las mías.

—No es seguro...

—Lo sé. Ahora lo entiendo. Por eso tengo que arreglar el lío que creé. —Abrí la boca para protestar, pero ella levantó la mano y me silenció—. Confía en mí. Tengo una idea.

Capítulo Cinco

Carina

—Necesito saber qué está pasando —le dije a Jameson mientras se alejaba de la casa.

Rahat y Rex se habían marchado en uno de los vehículos de repuesto que encontraron en el amplio garaje con un plan de dirigirse a Los Ángeles. Rahat había propuesto la idea de actuar como señuelo. Decir que no estaba contenta con la idea era quedarse corto, pero Rex me aseguró que la mantendría a salvo. En Los Ángeles, reactivarían el teléfono y Rahat publicaría algunas fotos en las redes sociales mostrando dónde estaba. Después de eso, dejarían el teléfono en California y regresarían para reunirse con nosotros. Con suerte, Xander pensaría que yo estaba con Rahat y se dirigiría allí, pero por si acaso, Jameson y yo estábamos abandonando la casa segura hasta que tuviéramos una mejor idea de la ubicación de Xander.

Jameson me miró de reojo, pero permaneció en silencio.

Suspiré y negué con la cabeza antes de dejarla caer sobre el reposacabezas.

—Estoy tan cansada de toda esta mierda —dije.

Jameson soltó una risa ahogada.

—Puedo entender eso.

—Entonces dime qué está pasando. Por favor. Es simplemente ridículo pensar que Xander Caruso me vio durante como cinco segundos y de repente decidió que era suya. —Miré por la ventana y observé las montañas en la distancia. Era difícil imaginar que Xander me encontrara aquí. Era difícil imaginar estar aquí. Había viajado mucho, pero siempre a ciudades, rebosantes de gente y bulliciosas de ambiente. Siempre había pensado que las luces eran hermosas, pero no eran nada comparadas con el vasto mundo natural que me rodeaba. Solo esperaba vivir para ver más de este mundo—. Entiendo que está loco —continué—, pero no tiene ningún sentido. —Claro, no estaba mal de ver, pero no era como si tuviera poderes mágicos que hicieran que todos los chicos se enamoraran locamente de mí.

Jameson respiró hondo. Podía ver la lucha que se libraba detrás de sus ojos.

—Por favor —repetí—. Necesito saberlo.

—No me corresponde a mí decírtelo.

—Entonces déjame llamar a mi hermano. No puedo seguir así.

—Podrás llamarlo tan pronto como lleguemos a donde vamos. Podremos establecer una línea segura.

Quería gruñir de frustración, golpear el tablero. Jameson era tan malo como mi hermano. Sabía más de lo que decía, pero al igual que todos los demás durante toda mi vida, quería mantenerme en la oscuridad. Cuando lo conocí hace todos esos años en el funeral de su padre, pensé que era diferente a todos los otros hombres con los que trabajaba mi familia. Me había visto. Necesitaba desesperadamente que me viera ahora.

Recordé mi breve encuentro con Xander. Había mencionado lo mucho que me parecía a mi madre. Era cierto, todos lo decían, y yo veía la familiaridad conmigo misma en las fotos.

—¿Esto tiene algo que ver con mi madre? —Negué con la cabeza—. Ignórame. Ella tenía que ser veinte años mayor que él. —Seguramente era demasiado joven para recordarla bien.

Jameson refunfuñó y tamborileó con la mano en el volante un par de veces, antes de indicar y girar hacia una calle lateral.

—Su padre tenía una obsesión espeluznante con tu madre. Manuel, el padre de Xander, competía con tu padre por su mano. En ese momento, la dinámica de poder entre sus familias era

igual. El consigliere que medió en la disputa decidió que tu madre tenía derecho a elegir con quién quería casarse. Ella eligió a Petra Rizzo, tu padre. Manuel se casó con otra persona, pero los Carusos son conocidos por guardar rencor.

—Pero eso no fue el final —dije mientras una roca se hundía en la boca de mi estómago.

—No. Cuando Manuel se convirtió en el segundo al mando, la dinámica de poder entre sus familias cambió. Manuel dejó a su esposa y exigió que tu madre dejara a tu padre. —Jameson exhaló un profundo suspiro y me lanzó una mirada antes de volver a fijar la vista en la carretera—. Ella se negó y Manuel les hizo la vida miserable a ambos por ello. Por lo poco que sé, fue entonces cuando tu madre empezó a beber. Amaba a tu padre y a la familia que habían formado juntos. Quería quedarse, pero una parte de ella sabía que sería mejor para todos ustedes si se iba.

Las lágrimas inundaron mis ojos al escuchar sus palabras. Yo era muy joven. Sabía que mamá había estado bebiendo mucho, pero siempre estaba feliz y sonriente conmigo. Nunca podría haber imaginado lo que estaba pasando por debajo. Después de su accidente, papá había caído en una depresión y murió cuando su corazón cedió.

—¿Por qué nadie me contó esto antes? —pregunté, secándome las lágrimas.

Jameson se encogió de hombros.

—Eras joven. La muerte de tu madre fue un accidente, y tu padre murió de un corazón roto. Tal vez Gabriel simplemente decidió que no había razón para que supieras más que eso.

Contuve las lágrimas ante sus palabras mientras mi ira se encendía.

—Eran mis padres. Mi familia. Tenía derecho a saberlo. Todo lo que recuerdo de mi infancia era una mentira.

—Tu madre y tu padre se amaban. Os amaban a ti y a Gabriel. No había mentira en eso.

Miré por la ventana. El sol florecía en rojo y dorado mientras se movía detrás de las montañas. La oscuridad llegaría pronto. Había perdido la cuenta de cuánto tiempo llevaba despierta, pero el sueño parecía un sueño imposible.

—¿Entonces qué? ¿Se supone que debo ser un juguete para el hijo del hombre que destruyó a mi familia?

—No. No un juguete. Jordan dijo que Xander te ha reclamado como su esposa. Una unión entre sus familias que le fue negada a su padre.

—¿Su esposa! ¡Esto es una maldita estupidez! No voy a casarme con ese psicópata —pasé la mano por mi cabeza y resistí el impulso de golpear la ventana. Mi mente daba vueltas mientras intentaba procesar todo lo que había aprendido—. ¿Qué hay del mediador? —pregunté—. ¿Este tipo consigliere? ¿No puedo apelar a él? Si mi madre tenía el derecho de elegir, ¿no debería yo tener el mismo derecho?

—El puesto de consigliere ha estado vacante durante mucho tiempo —Jameson se aclaró la garganta y mantuvo la mirada fija en la carretera—. La dinámica de poder también es diferente ahora. Manuel es el subjefe de nuestras familias conectadas. Es el segundo al mando después del gran jefe y no recibe órdenes de nadie excepto del propio Don Bianchi.

Resoplé ruidosamente. Jameson puso su mano sobre mi pierna. Casi salté ante el toque inesperado. Me sentía perdida y asustada, con el peso del mundo sobre mis hombros, pero bajo el calor de su mano no deseaba nada más que él me abrazara y prometiera mantenerme a salvo... que me follara hasta perder el sentido. Pero sabía que tal cosa no era posible. No era de extrañar que se hubiera echado atrás en la cocina, aunque yo sabía que me deseaba tanto como yo a él. Ya estaba comprometida.

—¿Qué sucede ahora? —pregunté.

—Te mantendré a salvo hasta que Gabriel y Jordan resuelvan las cosas.

—¿Y si no lo hacen?

No respondió a eso. En su lugar, retiró la mano de mi pierna y giró hacia una carretera con un letrero que indicaba Castle Rock.

Capítulo Seis

Jameson

Los nervios de Carina estaban a flor de piel cuando abrí las puertas de seguridad y conduje hacia el estacionamiento de la sede del club.

Algunos de los hermanos me saludaron con la mano o asintieron con la cabeza. Otros miraron a Carina con ojos llenos de lujuria, haciendo que mi sangre hirviera. Mis manos se aferraron al volante. Resistí un gruñido, odiando sentirme posesivo con ella.

Carina debió notar mi tensión e interpretar mal mi estado de ánimo. Sus nervios aumentaron, aunque trató de no demostrarlo. Su respiración se aceleró y sus ojos recorrieron el estacionamiento, observando las Harleys, Triumphs, Choppers, y BMWs. El aire estaba lleno del rugido de los motores y el olor a gasolina.

—¿Dónde estamos? —preguntó, moviéndose en su asiento.

—La sede del Club de Motociclistas Medianoche Eterna —respondí.

—Como el nombre en tu chaqueta.

—Exactamente.

Ella dejó escapar un gruñido de frustración, como si quisiera una mejor respuesta que esa, pero pronto se iría y no necesitaba acercarse demasiado a los hermanos ni conocer sus asuntos.

Carina examinó la sede del club mientras entrábamos. Había gente por todas partes. Algunos gritaron mi nombre o chocaron los puños conmigo mientras pasaba. Miré alrededor, agradecido de que el club hubiera cambiado mucho en el último año más o menos. Con Cane y Caleb asentándose con hijos, las chicas fáciles que frecuentaban el club ya no estaban tan a la vista como solían estar. No me malinterpretes, la mayoría de los hermanos aún disfrutaban follando con cualquiera que tuviera un par de tetas, pero ahora ocurría en los dormitorios, a puerta cerrada, y no en la sala principal.

Una parte de mí deseaba haber podido llevarla directamente a mi casa y evitar las miradas y los ojos curiosos de los hermanos, pero necesitábamos la seguridad de la sede del club y la protección que ofrecía. Al menos, eso me decía a mí mismo. No tenía nada que ver con el hecho de que no confiaba completamente en mí mismo para estar a solas con Carina. Había estado tan vulnerable en el coche, tan asustada de lo que el futuro pudiera deparar. Solo quería levantarla en mis brazos, llevarla a casa y follarla hasta que olvidara todas sus preocupaciones. No sé quién se sorprendió más cuando puse mi mano en su pierna, si yo o ella. Sus ojos ardían con preguntas y necesidad... ¡Joder! Cuanto antes saliera de mi vida, mejor.

—Por aquí —dije y guié a Carina a través de la sede del club y hasta la oficina de Caleb.

Él se puso de pie tan pronto como entramos, extendió su mano hacia Carina y la guió a una de las sillas que rodeaban su escritorio.

—Me alegro de que estés a salvo —dijo y le ofreció algo de comer. Ella aceptó, así que Caleb llamó a uno de los hermanos y le pidió que trajera una hamburguesa y una bebida.

—¿Qué coño pasó? —me preguntó tan pronto como me senté en la silla junto a la de Carina.

Negó con la cabeza mientras le explicaba la confusión con el teléfono y que Rex se había dirigido a Los Ángeles con Rahat. —Llamaré a Bono y Lucky para que vuelvan. Bono especialmente se cabreará si no lo hacemos. Le debemos mucho a tu contacto después de que nos ayudara a salvar a Hope.

—Me gustaría hablar con Gabriel —dijo Carina justo cuando el hermano regresó con una hamburguesa y papas fritas, así como un vaso de agua y tres tragos de whisky. Le entregó el plato a Carina, quien le agradeció, y puso los vasos en el escritorio de Caleb antes de irse. —Si eso no es posible —continuó Carina—, tal vez podríamos hablar con tu hermano. Jordan podría tener una idea de lo que está pasando y dónde está Xander.

Me tensé ante sus palabras y miré a Caleb. Él no sabía que Jordan era mi hermano de sangre. Debería haber sido sincero y compartido mi pasado con él cuando tuve la oportunidad. Nunca me había presionado por una respuesta, nunca me había preguntado de quién o de qué estaba huyendo. Mientras Carina se metía una papa frita en la boca y gemía como si fuera la mejor maldita cosa que hubiera probado jamás, Caleb me dio un asentimiento casi imperceptible con la cabeza y sus labios se curvaron en una ligera sonrisa. Estábamos bien. Al menos por ahora, pero les debía a todos mis hermanos decirles la verdad sobre quién era.

Antes de que tuviera la oportunidad de decir algo, Cane llegó con Amber.

—¿Dónde está Charlie? —preguntó Caleb mientras Amber rodeaba el escritorio y lo atraía para darle un beso profundo.

Cane saludó con un gesto a Carina, quien dejó su plato de comida en el escritorio y tragó el bocado en su boca con cierta vergüenza. Él le dirigió una sonrisa pícaro, algo que nunca hubiera creído posible antes de que conociera a Thea. Tomó una de sus papas fritas antes de metérsela en la boca. —Está en mi casa con Thea y Toni —dijo y robó otra papa frita—. Estoy jodidamente hambriento.

Caleb sentó a Amber en su regazo y rodeó su cintura con los brazos. —¿Eso significa que tendremos la noche para nosotros solos? —preguntó con una sonrisa diabólica en su rostro.

Amber selló sus labios con otro beso antes de apartarse.

—Lo hace —dijo ella—, o al menos, nosotros lo haremos.

Le dio a Carina una cálida sonrisa y se presentó.

—Siento entrometerme —respondió Carina mientras Cane tomaba otra patata frita de su plato.

—Ve a buscar las tuyas —dijo Amber y se inclinó hacia adelante, apartando juguetonamente la mano de Cane del plato—. Te ves agotada —le dijo a Carina mientras él salía de la habitación.

—Han sido unos días largos, dos o tres. —Carina se frotó la nuca y sonrió—. Siento que podría dormir durante una semana.

—Me lo imagino. —Amber negó con la cabeza—. Bajar de un vuelo desde Londres y subir directamente a otro hacia Colorado no debe haber sido fácil.

—Amber organizó los billetes de avión —dije a modo de explicación de su conocimiento del viaje.

—Lo hice. También sé por experiencia que estos chicos pueden pasar días sin dormir y no tienen idea de lo agotadoras que pueden ser las cosas. —Se puso de pie y le tendió una mano a Carina mientras recogía el plato de comida con la otra—. Ven, te instalaré. En algún lugar cálido y cómodo mientras estos chicos hablan.

Carina se tensó un poco, pero se relajó tan pronto como tomó la mano de Amber. Salieron de la habitación juntas, del brazo como viejas amigas, mientras Caleb tomaba el teléfono.

—Llamaré a Bono y Lucky —dijo justo cuando Cane entraba con su propia hamburguesa y patatas fritas—. Lucky puede estar de vuelta en unas horas y Bono pasado mañana.

—Déjalos. Bono necesita su tiempo con Hope, y Lucky necesita averiguar qué está

pasando en Fort Collins. Carina estará segura aquí por ahora. —Me incliné hacia adelante en mi silla y coloqué la cabeza entre mis manos antes de sacudirla y gruñir—. Sobre Jordan.

—Tu hermano —dijo Caleb.

—Mi hermano —asentí—. Es el jefe de la familia Swash. Son... somos una familia mafiosa de Nueva York. Hasta el problema con Amber, no había hablado con él en casi siete años.

Cane tragó un bocado de su hamburguesa y levantó la barbilla.

—Siempre supimos que tenías un pasado. No nos importa cuál sea ese pasado. No todas las familias se forman con sangre —dijo—. Cualquier problema que haya entre tú y tu hermano mayor, tendrás nuestro apoyo.

Exhalé profundamente.

—Jordan es mi hermano menor. Se hizo cargo como jefe de la familia cuando yo renuncié.

Capítulo Siete

Jameson

Me costaba apartar la mirada de Carina cuando salimos del club y condujimos a la casa de Bono a la mañana siguiente. Me picaban las manos por alcanzarla y apartar su largo cabello oscuro de su hombro desnudo. Quería sentir el tacto de su suave piel olivácea bajo mis dedos... mis labios.

Habíamos pasado las primeras horas desayunando con Cane, Caleb y Amber. Thea y los niños también se nos unieron después de un rato. Hasta que pudiéramos volver a la casa segura, Amber alojaría a Thea y los niños en su casa con Caleb, y Caleb se hospedaría en casa de Cane con él y un par de hermanos. La cabaña de Bono estaba apartada, rodeada de bosques y montañas, pero cualquiera que intentara llegar tendría que pasar primero por la de Cane. Estaríamos seguros allí por un tiempo.

Me concentré en la carretera e intenté alejar mis pensamientos de lo perfecta que era Carina y de cómo mi cuerpo reaccionaba a su presencia.

Había sido extraño verla interactuar con mis hermanos. Siempre me había preocupado que mis dos mundos chocaran. Aún lo hacía, pero Carina se había reído de todas sus bromas y, en general, parecía estar cómoda en su compañía. Estaba acostumbrada a estar rodeada de hombres poderosos y peligrosos, pero los hombres con los que trataba vestían su poder con trajes de diseñador, cortes de pelo elegantes y manicuras. Con los hermanos, lo que veías era lo que obtenías. Eran rudos y no tenían miedo de golpear a alguien en la cara si se pasaba de la raya. Pero solo lastimaban a las personas que lo merecían, y una vez que te consideraban familia, lucharían hasta la muerte para mantenerte a salvo.

—Puedo entender por qué te gusta tanto estar aquí —dijo ella, con la mirada fija en la ventana—. Todo es tan hermoso, y tienes amigos... quiero decir, amigos de verdad.

Sabía a lo que se refería. Pensaba que tenía amigos en mi vida anterior, pero solo tenía gente compitiendo por una posición y viendo qué podían sacar de su asociación conmigo. Eran personas que hablaban bien a mi cara, pero me apuñalarían por la espalda en cuanto tuvieran la oportunidad. —¿Como Rahat? —pregunté mientras trataba de no fijarme en cómo el tirante de su sujetador lila era visible bajo su camiseta de tirantes, que se ajustaba a todas sus curvas y resaltaba su escote.

—Exactamente como Rahat. —La mirada de Carina se dirigió a su regazo y tomó una respiración profunda y dolorosa—. Rahat no sabía nada de esto —añadió en voz baja—. Pensaba que yo era una niña rica mimada cuyo hermano es dueño de un club nocturno. Hemos sido amigas durante la mitad de nuestras vidas, pero nunca le conté la verdad. Nunca le dije de lo que era capaz mi familia. Cuando... cuando mencionaste lo que Caruso hizo en Londres, cómo mató a ese tipo. Suena tan tonto, pero estaba más preocupada de que Rahat menospreciara a mi familia por nuestra asociación con hombres como él que de que él me encontrara.

Bufé. Podía relacionarme con eso. —Parece que se preocupa por ti. No habría estado dispuesta a ponerse en riesgo si no fuera así.

Carina se volvió para mirar por la ventana de nuevo, pero no antes de que viera una lágrima brillar en su ojo. —Yo soy quien la puso en riesgo. Debería haberle dicho la verdad hace mucho tiempo. Debería haberla alejado y mantenerla a salvo de mi mundo.

Abrí la boca para decir algo cuando el ensordecedor chirrido de neumáticos sonó detrás de nosotros, llamando mi atención. Al principio, me pregunté si podrían ser algunos hermanos, pero una rápida mirada me mostró que eran los Hijos Salvajes. Se habían mantenido apartados

desde que su líder, Leo, fue tras Amber por segunda vez para lastimar a Caleb. Leo había sido asesinado por la policía local. El resto de la pandilla se había mantenido bien alejada de Castle Rock y los hermanos desde entonces, pero por la forma en que se apresuraron a pegarse al Jeep y agrupándose a nuestro alrededor, estaba claro que la situación había cambiado.

Carina gritó cuando una de las motos se puso a su lado y su conductor golpeó su ventana. Gruñí y pisé el acelerador, sabiendo que no había forma de que pudiéramos escapar de todas las motos, y maldije la situación vulnerable en la que nos había puesto. Nos tenían rodeados. El espejo retrovisor y cada ventana lateral estaban llenos de la visión de ruedas girando, cuero brillante y rostros burlones.

—¿Amigos tuyos? —preguntó Carina, gritando para hacerse oír por encima del rugido y el rugir de los motores.

—No exactamente. —Miré la carretera adelante. Todavía estábamos en la ciudad. Un par de personas corrieron por la acera más adelante y se metieron en una barbería. Resoplé una respiración enojada por mis fosas nasales y apreté la mandíbula. Mis hermanos de Medianoche Eterna se enterarían de la presencia de los Hijos Salvajes en minutos. Tardarían al menos otros cinco en reunirse, subir a sus motos y alcanzarnos. Si teníamos suerte.

Un repentino pop, pop, pop sonó lo suficientemente cerca como para reventar mis tímpanos. Carina gritó y se agachó en su asiento, pero la lluvia de balas había sido dirigida a mi cabeza. Gracias a Dios, el Jeep estaba blindado. No sabía qué estaban tramando los Hijos Salvajes, pero algo me decía que Xander Caruso tenía que ver con sus acciones. Si eso era cierto, entonces sabía dónde estaba Carina y ninguna cantidad de fotografías escenificadas en Los Ángeles lo alejaría de su rastro.

Afermé el volante y pisé el acelerador a fondo con pocas esperanzas de dejarlos atrás. La velocidad máxima de las motos fácilmente igualaba la del Jeep, y en la zona urbanizada del pueblo, su maniobrabilidad era mayor que la mía. Mis opciones eran limitadas. Pero tenía el tamaño a mi favor. Lancé el Jeep hacia un lado, embistiendo a tres de las motos y sacándolas del juego en el proceso. Intenté hacer lo mismo por la izquierda, pero estaban preparados.

Sin previo aviso, las motos se desengancharon de su formación alrededor del Jeep. Corregí mi rumbo y me mantuve en la carretera, pero la distracción había servido para desviar mi atención de la calle lateral. Era demasiado tarde para reaccionar cuando me di cuenta del SUV que se abalanzaba hacia nosotros. Giró en el último segundo y golpeó el frente de nuestro vehículo. Perdí el control, y el Jeep entró en un trompo, solo para ser golpeado de nuevo. Esta vez, el Jeep volcó.

Apreté la mandíbula, me apoyé con una mano en el techo y extendí la otra para sujetar a Carina en su asiento. Ambos llevábamos cinturones de seguridad, pero aun así, sentía como si rebotáramos dentro del coche como bolas en una máquina de pinball. Los ojos de Carina se encontraron con los míos, y mi corazón se encogió al ver el miedo en ellos.

Parecía que el Jeep rebotaba una eternidad antes de detenerse finalmente de golpe contra el lateral de una lavandería. Fue pura suerte que hubiéramos aterrizado con las ruedas hacia abajo. El humo salía del motor, y por el olor a quemado que lo acompañaba, supe que no teníamos esperanza de salir conduciendo como si nada hubiera pasado.

Se escucharon gritos y vítores afuera. Uno de los Hijos Salvajes se bajó de su moto y caminó hacia nosotros, apuntándome con el arma a la cabeza.

—Solo queremos a la chica —dijo, reforzando mi sospecha de que Caruso tenía que estar involucrado. Miré a Carina, que se había puesto blanca como el papel. Tenía un pequeño rasguño en la mejilla y el pelo alborotado, pero en general, ambos habíamos salido relativamente ilesos

del accidente.

El aliento de Carina pareció quedarse atrapado en su garganta.

—¿Qué hacemos? —preguntó, con voz apenas audible.

Abrí la guantera y busqué dentro mi teléfono. Todavía estábamos dentro de la burbuja del Jeep, pero no creía que hicieran falta muchos disparos para romper el cristal. Además, el silbido, el humo y el olor a gasolina y aceite que salían del motor me preocupaban, pensando que podríamos incendiarnos o explotar en cualquier momento. Mi mano encontró el teléfono. Maldije. La pantalla estaba rota y la pantalla táctil no funcionaba. Lo tiré al suelo justo cuando se armó un alboroto en la calle.

Los pocos Hijos Salvajes que se habían bajado de sus motos corrían de vuelta a ellas. Sonaron disparos. Se alejaron del Jeep, apresurándose calle abajo para escapar de los hermanos del Club de Motociclistas Medianoche Eterna que los perseguían. Un estruendo ensordecedor pasó junto a nosotros mientras los hermanos los ahuyentaban.

Lucky apareció, sonriendo con una sonrisa pícara en su rostro.

—Salvados por la caballería —dijo antes de preguntar si ambos estábamos bien para caminar.

Salté del Jeep e hice un gesto a Carina para que hiciera lo mismo.

—Te tomaste tu puto tiempo —dije, devolviéndole la sonrisa.

—Ya me conoces. Siempre me gusta mantener las cosas jodidamente interesantes. — Señaló con la cabeza a los hermanos que perseguían a los Hijos Salvajes fuera del pueblo antes de meter la mano en su chaqueta y sacar un arma—. Nos ocuparemos de estos tipos. Vosotros id a casa de Ma. Os veré allí cuando pueda.

En cuanto tomé el arma de su mano extendida, Lucky giró su moto y continuó la persecución.

—Vamos por aquí —dije y señalé hacia el final de la calle mientras tomaba la mano de Carina. Pasamos corriendo junto a una licorería, un taller mecánico y una tienda agrícola. Atraje a Carina hacia mí, prácticamente arrastrándola detrás de mí mientras nos asegurábamos de mantenernos cerca de las paredes y el borde de los edificios. No veía a nadie siguiéndonos, pero eso no significaba que no hubiera nadie allí. Dos manzanas más allá, nos metimos en un callejón que desembocaba en una zona residencial—. Ya no falta mucho —dije, pero Carina solo asintió en respuesta. Su respiración era laboriosa y su mano temblaba dentro de la mía. Me preocupaba que pudiera estar entrando en estado de shock, pero era más probable que estuviera saliendo de una descarga de adrenalina. Ninguno de los dos escenarios era bueno.

Doblamos la esquina y atravesamos corriendo un parque infantil. Sentí un destello de alivio al ver la casa de Kitty, dos casas más abajo. Escudriñé el vecindario, vigilando una última vez en busca de miradas indiscretas antes de cruzar la calle corriendo, subir hasta la puerta de Kitty y golpear.

—¿Qué mierda está pasando? —preguntó Kitty tan pronto como abrió la puerta de su casa estilo rancho, pero su pregunta quedó olvidada en cuanto vio a Carina. Se apresuró hacia adelante y la rodeó con el brazo por los hombros—. Vamos a entrar, cariño —dijo y me miró con el ceño fruncido—. Por el amor de Dios, tráele un vaso de agua a la chica.

Capítulo Ocho

Carina

Pensé que podría desmayarme cuando llegamos a la casa. Mi corazón latía con fuerza y mi mente daba vueltas. No podía entender nada de lo que estaba sucediendo. Una mujer vestida con jeans y un chaleco de mezclilla sobre una camiseta negra de los Rolling Stones abrió la puerta y me hizo pasar. Recuerdo que Jameson me dio un vaso de agua y le pidió que me cuidara.

—¿Cómo te llamas, cariño? —preguntó, como si hablara con una niña mientras me animaba a beber el agua.

—C-Carina —dije, mi voz sonando hueca a mis propios oídos.

—Bueno, todo va a estar bien. ¿Me oyes, Carina? Estás a salvo. Tú solo tranquilízate. Los chicos se encargarán de ti.

Asentí y tomé respiraciones profundas, tratando de calmar las náuseas que se formaban en mi estómago.

—¿Puedo traerte algo de comer? ¿Tienes suficiente calor? —preguntó la mujer.

Tomé otro sorbo de agua e intenté sonreír, avergonzada por el alboroto y la escena que estaba causando. —Necesito usar el baño, si está bien —dije.

—Por supuesto. Ve por esa puerta y sube las escaleras. Es la segunda puerta a la izquierda. ¿Necesitas que te ayude?

Le agradecí la oferta, pero la rechacé. Eché un vistazo rápido a Jameson, que caminaba de un lado a otro en el extremo de la habitación mientras hablaba con alguien por teléfono. Su tono era enojado, pero sus palabras no llegaban a registrarse más allá del pulso que golpeaba en mis oídos. Me aferré al pasamanos y encontré la habitación en cuestión. Era un dormitorio, pero más allá había un baño adjunto.

Tomé otra respiración profunda mientras cerraba la puerta y me pregunté qué demonios me pasaba. Mis piernas temblaban y temía que cedieran debajo de mí, así que me senté en la tapa cerrada del inodoro y apoyé la cabeza entre mis manos.

Nunca había estado tan asustada como cuando el hombre apuntó con el arma a la cabeza de Jameson y le dijo que me querían a mí. Un sollozo escapó de mis labios y mi respiración se volvió entrecortada. Siempre había creído que era fuerte, que podía enfrentar cualquier cosa, pero estaba equivocada. En este momento, estaba tan asustada, pero más que eso, me sentía débil. No tenía el poder para hacer nada. No podía ver una salida al lío en el que estaba metida. Todo lo que podía pensar era que si no me iba con los hombres, si no me casaba con Xander Caruso, entonces él mataría a mi hermano, mataría a Rahat y mataría a Jameson. No podía permitir que eso sucediera. Preferiría matarme yo misma.

Lágrimas calientes quemaban mis mejillas y cualquier apariencia de autocontrol me abandonó por completo. Apoyé la cabeza en mis manos y lloré de una manera que no lo había hecho desde que murió mi padre.

Sonó un golpe en la puerta del baño. Me senté de golpe, avergonzada de que me encontraran en el estado en que me hallaba. Una parte de mí esperaba que fuera Jameson y que prometiera que todo estaría bien, que me mantendría a salvo, pero otra estaba mortificada de pensar que me viera así. Él había dicho que yo no era más que una niña jugando, y tenía razón. Simplemente no lo había sabido.

—Carina —llamó una voz suave—. Soy Kitty —dijo, revelándome su nombre por primera vez, al menos hasta donde yo podía recordar.

—Estoy bien —dije, aunque ella no había preguntado.

—Ah, cariño, no creo que lo estés. Voy a entrar.

El pomo de la puerta giró y Kitty entró, su rostro una máscara de preocupación. Se acercó y se agachó a mi nivel en el suelo frente a mí. —Escuché un poco de lo que Jameson decía por teléfono —dijo y apretó mi mano con fuerza entre las suyas—. Es un buen hombre. Él te cuidará.

Resoplé. Quería creer que lo era, pero ¿cuán bueno podía ser realmente? —¿Lo es? —pregunté—. ¿Cuán buenos podemos ser cualquiera de nosotros con las familias de las que venimos? Los Rizzo pueden estar en buenos términos con la familia Swash, pero eso no significa que seamos amigos. Si las cosas se ponen difíciles, Jameson tendrá que seguir lo que sea que ordene el jefe de su familia, y si eso significa que me envíen a vivir una vida de tortura con Xander Caruso, entonces eso es lo que sucederá.

Kitty pareció un poco desconcertada por mis palabras, pero apretó mi mano con más fuerza y la palmeó con su otra mano. —No voy a pretender que entiendo la mitad de lo que dijiste, y seguro que no conozco a ningún Rizzo ni a ninguna familia Swash, pero conozco a mis chicos del Club de Motociclistas Medianoche Eterna. Esos chicos te mantendrán a salvo, cariño. Es lo que hacen. Y Jameson es un hermano de pies a cabeza. Medianoche Eterna corre por sus venas. Como te dije, es un buen hombre. Él te cuidará.

Quería creer lo que ella decía, pero el Jameson que yo conocía era un Swash. Era de la mafia, como yo. Fruncí el ceño y me pregunté más sobre Jameson y cómo había terminado viviendo en Colorado con una pandilla de motociclistas. Por su interacción con los hermanos, como él los llamaba, era obvio que eran cercanos. Ya había observado que eran sus verdaderos amigos, pero ¿cómo había sucedido eso? ¿Por qué estaba aquí, y por qué no lo había visto en todos los años desde el funeral de mi padre? Había visto a su hermano innumerables veces. Las preguntas daban vueltas en mi mente. Quería preguntarle a Kitty, pero sabía que ella no tenía respuestas. En su lugar, me limpié las lágrimas de los ojos y solté un profundo suspiro. Estaba a punto de levantarme cuando Jameson apareció en la puerta.

—¿Todo bien? —preguntó.

Una ira irracional se encendió cuando vi su rostro. Cada centímetro estaba inundado de preocupación, como si supiera lo débil que era.

Kitty me dio unas palmaditas en la mano y se levantó. —Voy a ir a la tienda y os dejaré hablar —dijo y pasó junto a Jameson hacia el dormitorio—. Descansad. Los dos parecís necesitarlo.

Me aclaré la garganta y me levanté del asiento del inodoro. Sin decir una palabra, abrí el grifo y me enjuagué la cara. El mordisco del agua me hizo darme cuenta de que tenía un pequeño corte en la cara. Hice una mueca mientras lo secaba con una toalla.

Jameson entró al baño y me quitó la toalla de las manos. —¿Todo bien? —preguntó de nuevo.

Quería gritar y empujarlo. Pero no lo hice. No realmente. Quería lo contrario, pero no podía enfrentar otro rechazo. Las lágrimas inundaron mis ojos de nuevo. —Tú dímelo —dije, enojada por cómo estaba actuando.

Acunó mi rostro con su mano y limpió mis lágrimas. Un escalofrío recorrió mi espalda ante su toque. Mi centro dolía. Lo deseaba, necesitaba que me ayudara a olvidar. Sentir nada más que la sensación de tenerlo dentro de mí.

—No dejaré que Caruso te tenga —dijo.

—¿De verdad crees que puedes detenerlo? —Sin pensar, di un paso adelante y rocé sus

labios con los míos. Tragó saliva y me miró fijamente—. Por favor —dije—. No me apartes. No ahora.

—No me aprovecharé de ti cuando estás vulnerable.

—No lo harás —dije—. Yo me aprovecharé de ti.

Antes de que el sentido común pudiera dominarme, alcancé el borde de mi top y me lo quité por la cabeza. Sus ojos bajaron a mis pechos y mi piel hormigueó. Me quité los zapatos y desabroché mis jeans antes de menear las caderas y empujarlos hacia abajo. Salí de ellos, los aparté de una patada y me quedé frente a Jameson con nada más que mi ropa interior: un conjunto de sujetador y braga de satén transparente color lila.

—Quítatelo todo —fue todo lo que dijo, y que Dios me ayude, obedecí.

Me quedé completamente desnuda ante él en el baño mientras él permanecía completamente vestido. No hizo nada más que mirarme. Nunca me había sentido más expuesta, pero mi centro se contraía con una creciente necesidad, y me estaba humedeciendo cada vez más.

—Un cuerpo tan hermoso nunca debería estar cubierto —dijo después de un momento, y sentí que mis mejillas se sonrojaban. Dio un paso adelante y me levantó, girándome y llevándome al dormitorio. Me puso de pie y se dejó caer al suelo frente a mí. Me estremecí y gemí cuando plantó un suave beso en mi estómago. Sus manos tocaron la parte posterior de mis pantorrillas. Las deslizó por mis piernas, ahuecó mi trasero y apretó con fuerza. Mis piernas flaquearon, y traté de no tambalearme hacia él.

Mientras una mano continuaba su viaje y llegaba a descansar en la parte baja de mi espalda, la otra trazó un fuerte camino por todo el frente de mi cuerpo. Sus dedos se deslizaron sobre mi monte. Me estremecí y grité de necesidad cuando los presionó dentro de mí. Mi centro se apretó alrededor de ellos, deseando que fueran más profundos, y mis manos cayeron para apoyarme en sus hombros.

Jameson emitió un sonido gutural. Me miró, y sus labios se crisparon. Retiró sus dedos y los levantó para mostrármelos. Como si no supiera ya lo jodidamente mojada que estaba.

—Lámpielos —exigió.

Mierda, ayúdame, quería hacerlo. Quería probar lo mojada que me había puesto sin apenas hacer nada. Metí sus dedos en mi boca y envolví mi lengua alrededor de ellos.

—Necesito que me folles —dije, y me estremecí bajo el peso de mi propia necesidad.

En lugar de responder, movió su cabeza hacia mi pecho y besó suavemente mi pezón, haciendo que ambos se endurecieran hasta convertirse en puntas rígidas. La palma de su mano acunó mi pecho, y chupó con fuerza, enviando oleadas de placer por mi columna. Liberó mi pezón de su boca con un sonido de succión. La sensación de abandono que inundó mi pecho fue efímera cuando agarró mi pezón de nuevo entre sus dedos, pellizcando y retorciendo hasta que grité de dolor. Ráfagas de placer se precipitaron directamente a mi centro, y mi clítoris dolía tanto como el capullo apretado de mi pezón.

—¡Joder! —dijo Jameson. De repente, se puso de pie, levantándose con él.

La firmeza con la que me empujó sobre la cama me excitó aún más.

Contuve la respiración cuando separó mis piernas y sus dedos exploraron la humedad entre mis muslos, frotando mi entrada con una lentitud agonizante. Mi humedad se derramaba y él empujó hacia adentro. Mi respiración se entrecortó mientras se hundían profundamente, abriéndose y embistiendo. Su pulgar circulaba mi clítoris y yo me impulsaba contra su mágica mano.

Deslizó su lengua por mi cuerpo y me penetró más fuerte con sus dedos. Mordisqueó mi pezón y luego lo succionó en su boca. A través de sus pestañas, sus ojos taladraban los míos con

ardor y lujuria. Un gruñido bajo se formó en su pecho y mordió mi pezón. Fuerte.

Mi cabeza cayó hacia atrás. Pasé mi mano por su cabello corto y oscuro y lo empujé más fuerte contra mi pecho mientras me mecía contra sus dedos.

—¿Te gusta eso? —preguntó y me mordió de nuevo. Mi pezón se tensó aún más, suplicando por más dolor erótico.

—Sí —jadeé—. P-pero quiero... necesito que me folles, Jameson.

Detuvo lo que estaba haciendo y se enderezó. —¿Crees que estás lista para mí? —dijo, lo que me hizo levantar la cabeza y mirar su entrepierna.

Su miembro saltó completamente erecto, presionado contra su vientre por los límites restantes de sus vaqueros. Jadeé, preocupada de que fuera más grande que mi brazo. No creía que alguna vez estaría lista. Pero también pensé que moriría si no lo sentía dentro de mí.

—Sí —dije—. Fóllame. Ahora.

Levantó una ceja y alzó mis piernas para que descansaran sobre sus hombros. No hubo juegos, ni pruebas para ver si encajaría. Se empujó dentro. Grité. La presión aumentó y sentí que iba a estallar, pero aun así, él empujó más profundo, y más profundo... y más profundo, ensanchándome con su grosor.

—¡Oh, joder! —grité, sin estar segura de poder soportarlo.

—Vamos por la mitad —dijo, y me di cuenta de que mi evaluación anterior había sido completamente errónea. Esto era él tomándose lo con calma.

Mi corazón se aceleró. —No va a caber —dije.

—Puedes tomarlo. Y cuando lo hagas, te voy a follar duro. —Agarró mi trasero y me acercó más, llenándome aún más—. Ahora relájate y acéptame.

¡Fácil para ti decirlo, joder!

Me mordí el labio. Nunca había sido más consciente de mi cuerpo, y se sentía eléctrico. Quería ser capaz de tomarlo todo. Necesitaba que me llenara. Empujó más profundo. Eché la cabeza hacia atrás y ahogué otro grito.

—Un empujón más —dijo mientras una punzada de nerviosismo invadía mi cuerpo.

Cerré los ojos y jadeé, sin saber si lo que sentía era placer o dolor. Se deslizó más profundo.

—¡Oh, Dios!

Retrocedió lentamente antes de empujar de nuevo hacia adentro. Los mismos movimientos lentos y medidos una y otra vez, permitiendo que mi cuerpo lo aceptara.

—¡Joder! Qué coño tan increíble —gruñó.

Sus manos agarraron mis caderas. Me sostuvo con fuerza, me estiró, me llenó. Retrocedió y luego embistió hacia adelante. Grité, incapaz de contenerme. Su polla reclamaba cada profundidad de mi núcleo mientras me follaba duro. Necesidad, placer y dolor sacudieron todo mi cuerpo. Mi centro se apretaba con avidez alrededor de su polla, deseando todo lo que me daba. Se hundía en mí una y otra vez, tomándome duro y rápido. Me impulsaba hacia él, deseando que fuera aún más profundo, luchando por tomar todo lo que me ofrecía.

Sus dedos presionaron mi clítoris. Lo pellizcó y provocó sin piedad. Mi cuerpo estaba en llamas, todo palpitaba y suplicaba por liberación. Nunca había sentido nada igual.

Mis ojos se pusieron en blanco, mi cuerpo se tensó y exploté. Fuerte. Mi orgasmo me atravesó con una intensidad que nunca había conocido. Aun así, él no se detuvo. Si acaso, me follaba más duro. Justo cuando pensé que mi orgasmo terminaría, otro lo siguió. Solo entonces Jameson se quedó quieto, manteniéndose duro y profundo dentro de mí. Me quedé allí jadeando, temblando por la intensidad de mi clímax. Jameson depositó suaves besos en mi pecho y

permitió que mi respiración se calmara antes de retirarse lentamente. Mientras salía, me di cuenta de lo grande que había sido.

Dio un paso atrás, completamente vestido, mientras yo estaba completamente desnuda. Me apoyé sobre mis codos en el colchón y me lamí los labios.

—Quiero lamerte hasta dejarte limpio —dije, y Jameson sonrió.

Capítulo Nueve

Jameson

Aunque lo deseaba, no había planeado acostarme con Carina. Quería protegerla, mantenerla a salvo. Cuando el Jeep volcó y el Hijo Salvaje exigió que se la entregara, supe en ese momento que nunca podría hacerlo. Que Dios me ayude. Nunca más quería perderla de vista.

Yo... simplemente... ojalá supiera qué hacer. Había huido de mi vida en Nueva York por una razón, pero todo este asunto con Carina me estaba arrastrando de vuelta. Era lo último que quería, pero supe en ese instante que haría lo que fuera necesario. Sin importar el costo personal.

La mujer que saqué del baño era completamente diferente a la que había visto dentro. Había pasado de ser alguien asustada y vulnerable a alguien tan segura de su cuerpo y del poder que ejercía sobre mí. Sabía exactamente lo que le hacía a mi verga y disfrutaba viéndome retorcerme. Me pregunté brevemente si se sentiría intimidada, de pie completamente desnuda frente a mí cuando yo estaba completamente vestido. Debí haberlo sabido mejor; ella era todo menos eso. Me arrodillé y exploré su coño. Estar expuesta la había puesto resbaladiza y húmeda. Recorrí con mi mano toda la longitud de su cuerpo, buscando cualquier rastro de miedo o duda, cualquier cambio de opinión. No había ninguno.

El deseo se retorció como un cuchillo en mis entrañas, y simplemente tenía que sentir ese coño apretado envolviendo mi verga. Ella no tenía idea de lo que estaba pidiendo. Había tenido mujeres que se marchaban al ver el tamaño de mi verga, pero viendo lo mojada que estaba, sabía que podría tomarla.

Quiero lamerte hasta dejarte limpio, había dicho.

¡Joder! Era el cielo. No pude evitar la sonrisa que se extendió por mi rostro. También era insaciable.

Rodeé su cuello con mi mano y reclamé sus labios mientras la atraía al borde de la cama. Me paré frente a ella con mi verga casi a la altura de su rostro. Ella no dudó. Me miró a los ojos como desafiándome, abrió la boca y lamió la punta de mi glándula como si fuera una maldita paleta. Me estremecí y gemí. Lo hizo de nuevo.

Sus ojos se cerraron como si fuera ella quien estaba recibiendo placer. Se tomó su tiempo, lamiendo cada maldito centímetro de mi carne rígida. Quería embestir en su boca y encontrar el alivio, pero quería aún más verla chuparme.

Envolvió su mano alrededor de mi verga y bombeó lentamente antes de finalmente llevarme a su boca, chupando mi eje con labios ansiosos y húmedos. Mis muslos temblaron y gruñí en apreciación. Ella gimió y se movió un poco en la cama, y supe que se estaba mojando de nuevo. Miré fijamente sus pechos perfectos y sus pezones rosados y firmes. Quería correrme sobre ellos. Era tan jodidamente perfecta, tan redonda, tan suave.

—¡Joder! Se siente... justo... justo así.

Carina gimió y con agonizante lentitud, me llevó más profundo en su boca. Usó sus manos, su boca, su lengua. Acarició mis bolas. Toda su atención estaba en darme placer, ¡y vaya que lo hacía! Me sentía duro como una roca y a punto de explotar. Abrió más su boca. Esta vez, no pude evitar empujar hacia adentro, pero mantuve mi movimiento suave. Podría trabajar su camino hasta tomarme completamente. Aunque casi me corrí cuando ella tarareó contra mi verga.

Debí haberlo notado ya que tarareó más y me succionó tan profundo como pudo. Ya no pude contenerme más e intenté alejarme, pero ella me atrajo de vuelta, chupando mi vara con un

fervor animal.

—Oh, joder —dije y me estremecí, derramando todo lo que tenía en su boca perfecta.

Ella lamió mi semen con avidez, y cuando se echó hacia atrás y se limpió sugestivamente la parte inferior del labio con el dedo, supe que no había terminado conmigo todavía. Mi verga también lo sabía y al instante comenzó a endurecerse. Levanté su cabeza y estudié su rostro, sonrojado y necesitado.

~

Insaciable ni siquiera se acercaba a describir a Carina. Pasamos incontables horas encerrados en la habitación. Nunca había sentido un placer así. De tener la opción, nunca dejaría la habitación. Me acosté boca arriba, descansando mientras Carina se acurrucaba a mi lado. Después de un rato, se movió, girándose de lado para mirarme. Bajé la mirada hacia su rostro perfecto. Sus mejillas aún estaban sonrojadas, y sus pupilas estaban dilatadas. Tenía una sonrisa de satisfacción en sus labios.

—¿Por qué estás aquí? En Colorado, quiero decir —preguntó, sus grandes ojos rebosantes de preguntas—. ¿Quién eres? ¿Por qué nunca te he visto en Londres cuando tu hermano viene todo el tiempo?

Me tensé ante sus palabras. Me había acostumbrado a nunca hablar de mi pasado.

Debió haber sentido mi incomodidad ya que las sábanas crujieron cuando se sentó en la cama y se echó su largo cabello castaño detrás de la oreja. —Lo siento —dijo—. No debería entrometerme.

Gruñí y solté un profundo suspiro. Cuando me fui de Nueva York hace tantos años, pensé que si nunca hablaba de quién era o de dónde venía, mi pasado se quedaría exactamente así... en el pasado. Pero si algo había aprendido a lo largo de los años con el Club de Motociclistas Medianoche Eterna, era que no se pueden mantener las cosas enterradas para siempre. Thea había huido de su familia abusiva, y la habían alcanzado. Amber había huido de Caleb después de su ataque, sin saber si él o su atacante era el padre de su bebé, y Hope se había escondido durante una década en protección de testigos después de presenciar un asesinato, dejando atrás a un Bono destrozado. Todas habían huido de sus problemas, pero de una forma u otra, todas se habían visto obligadas a volver y enfrentar su pasado, y mira lo felices y libres que las había hecho.

Me reí y sacudí la cabeza al darme cuenta de que yo era la chica en esta situación. No es que hubiera nada malo en ello, pero me hizo darme cuenta de que Carina no era la niña jugando. Era yo. Los últimos siete años habían sido un gran puto juego del escondite. No estaba lista para abrazar mi vida pasada, pero quizás ahora sería un buen momento para aceptar que sucedió.

—No tienes nada de qué disculparte —tomé una respiración profunda—. Soy Jameson Swash —dije—, y soy el legítimo jefe de la familia Swash —me reí de mi confesión. Casi sentía como si estuviera poniendo mi mano en el corazón y confesando ser alcohólico en alguna reunión de AA—. Durante generaciones, mi familia sirvió como segundo al mando de los Bianchis.

Carina inclinó la cabeza con curiosidad.

—Creí que habías dicho que Manuel Caruso era el segundo al mando.

—Lo es. Fue nombrado tras la muerte de mi padre. Yo debía asumir el cargo en mi trigésimo cumpleaños.

Carina tragó saliva y se envolvió más en la sábana.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Me fui. Le di la espalda a esa vida y le entregué el control de todo a Jordan.

Un golpe sonó en la puerta, haciéndonos saltar a ambos. Carina saltó rápidamente de la cama, agarró su ropa y corrió al baño. Reprimí una sonrisa mientras gritaba preguntando quién era.

—Guarda tu palito y tus canicas —gritó Lucky desde fuera, haciéndome reír. Siempre tuvo un don para las palabras—. Caleb y Cane estarán aquí en unos minutos.

Capítulo Diez

Jameson

—¿Qué habéis averiguado? —pregunté en cuanto entramos en la sala de estar de Kitty.

Cane estaba sentado en un sillón, y Caleb se hallaba encaramado en el alféizar de la ventana. Ambos saludaron con un gesto de cabeza a Carina, pero Cane me dirigió una mirada extraña cuando se dio cuenta de que la llevaba de la mano.

—Los Hijos Salvajes fueron contratados para recuperar a Carina —dijo Caleb, afirmando lo obvio—. Los tipos con los que hablamos no estaban seguros de quién los contrató, pero estaban cien por cien seguros de que era algún pez gordo de Nueva York.

Asentí.

Carina soltó mi mano y se dejó caer en el sofá.

—¿De verdad habrá podido rastrear el teléfono de Rahat y encontrarme? —preguntó, dejando claro por el tono de su voz que nunca había creído realmente que tal cosa fuera posible.

Cane se encogió de hombros.

—Dadas nuestras interacciones pasadas con tu contacto en Nueva York, es posible que hayan puesto ojos en todas partes y simplemente hayan tenido una maldita suerte —dijo.

Me pasé la mano por la cabeza y le pregunté a Cane si podía usar su teléfono. Lo que realmente necesitábamos era saber qué estaba pasando en el trasfondo. No tenía ni idea de lo que Jordan, Gabriel o Xander estaban tramando en ese momento. Tendríamos que sacar a Carina de Castle Rock y llevarla a un lugar seguro pronto. El problema era que, sin saber qué estaba pasando, no había forma de saber dónde era seguro. Sin querer ocultar nada a mis hermanos, puse el teléfono en altavoz y esperé a que Jordan contestara.

—Manuel está muerto y Xander está organizando una reunión para obtener el apoyo final que necesita antes de reclamar el puesto de su padre —dijo Jordan sin mediar saludo.

¡Mierda! Eso no era bueno.

—¿Dónde está ahora?

—Nueva York.

Los hijos normales querrían estar con su padre durante sus últimos días. No estarían viajando por el mundo intentando hacerse con su trabajo. Pero así es como funcionan las familias mafiosas, especialmente una como los Carusos.

—¿Lo conseguirá? —pregunté.

Jordan resopló al otro lado de la línea.

—Gabriel ya ha estado al teléfono —dijo en lugar de responder a mi pregunta—. No ve cómo puede seguir ocultando a Carina de Xander. Quiere que ella lo llame para que puedan hablar sobre sus opciones.

Me froté la cabeza y miré a Carina, que estaba sentada en el sofá, escuchando y mirándome con una expresión de preocupación y los ojos muy abiertos.

—¿Hay alguna?

—Si Xander asume el cargo de segundo al mando, no.

Dejé caer la cabeza en la mano y me froté los ojos cansados.

—No dejaré que se lleve a Carina —dije.

—Entonces tendrás a todos los soldados de todos los caporegimes detrás de ti. Estamos hablando de miles de hombres. No será como la última vez, cuando Dolmilo actuaba por su cuenta —dijo, refiriéndose al asesino de la mafia que había ido tras la prometida de Bono

después de que ella lo enviara a la cárcel por diez años—. Tienes una opción —dijo Jordan, y supe exactamente a qué se refería.

—Esa no es una opción —Cerré los ojos y solté un profundo suspiro.

La presión aumentó y sentí todo el peso de mis responsabilidades familiares caer sobre mis hombros. Manuel Caruso había asumido el papel de segundo al mando cuando nuestro padre murió. A los veintidós años, yo era demasiado joven para ser considerado candidato a subjefe, dejando el puesto libre para que Manuel lo asumiera. Pero ambas familias lo sabían. En cuanto cumpliera treinta años, habría tenido derecho al manto y podría haberlo desafiado por él. En cambio, un año antes de que eso ocurriera, le di la espalda a mi vida y nunca miré atrás, nunca pensé en ello. Hasta ahora.

—Jameson —dijo Jordan por la línea.

—Veremos qué tiene que decirle Gabriel a Carina antes de tomar cualquier decisión —dije y colgué.

Carina se levantó del sofá y cruzó la habitación para ponerse a mi lado.

—No puedes sacarme de esto. Nadie puede —dijo, más como una constatación de un hecho que como una pregunta.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Caleb.

—Don Bianchi es el actual jefe de la mafia a cargo de al menos veintiocho familias en todo el mundo. Manuel Caruso era su segundo al mando. Ahora que está muerto, Xander se está posicionando para ocupar su lugar. Si lo consigue, no hay nada que podamos hacer para mantener a Carina alejada de él.

—Menuda mierda —dijo Cane.

Carina cerró los ojos, se volvió a sentar en el sofá y sacudió la cabeza. —¿Por qué Gabriel siquiera intentó alejarme? ¿Cuál era el punto si sabía que era inútil?

Reflexioné sobre sus palabras por un momento antes de que todo se aclarara. Gabriel y Jordan sabían exactamente lo que estaban haciendo al enviar a Carina conmigo. Caminé de un lado a otro por la habitación, con los puños apretados. La rabia se acumulaba como un infierno dentro de mí. Los latidos de mi corazón retumbaban en mis oídos. Sin poder contenerme, me acerqué a la puerta y la golpeé. Mi mano palpitaba, pero la golpeé de nuevo, satisfecho esta vez cuando la madera se agrietó.

Caleb se levantó y puso una mano tranquilizadora sobre mi hombro. —Resolveremos las cosas, aunque tengamos que enviarlos a los dos al maldito Alaska por unos años.

¡Mierda!

Nunca debí haber hecho ningún tipo de trato con mi hermano. Si algo había aprendido a lo largo de los años, era que no se podía confiar en la familia. Supongo que mis hermanos del Club de Motociclistas Medianoche Eterna me habían hecho empezar a olvidar ese simple hecho. Yo era el hermano mayor. Jordan me obedecía. Pero no había querido ejercer ese poder, y en su lugar había accedido a deberle una por toda la ayuda que me dio para proteger a Hope. Debería haberlo ignorado y haber acudido yo mismo a las otras familias, pero eso me habría puesto exactamente donde estoy ahora. Lo peor era que había caído redondo. Como un idiota.

¡Mierda!

Carina se levantó, se acercó a mí y extendió la mano para tomar la mía. —No importa. Haré lo que tenga que hacer para mantener la paz entre las familias. No es tu responsabilidad mantenerme a salvo cuando puedo simplemente ir con Xander y mantener a todos a salvo. A ti, a Rahat, a Gabriel. No quiero que esto continúe. No quiero ver a nadie herido.

Me dedicó una sonrisa cansada antes de enderezar la espalda y levantar la barbilla. Me

encantaba eso de ella. No se daba cuenta de lo fuerte que realmente era. Yo fácilmente le doblaba el tamaño y prácticamente echaba humo por las narices; si se casaba con Xander, se enfrentaba a un futuro horrible, pero ella se puso de pie y me enfrentó sin un ápice de miedo en su rostro.

—Honestamente, no tienes idea de quién soy —dije y miré de Cane a Caleb, sabiendo que ellos tampoco lo sabían.

Los ojos de Carina penetraron en mi alma como si pudiera ver la verdad en su interior. Tal vez podía. Maldita sea. Carina me hacía sentir... No sé qué demonios me hacía sentir además de confundido. Solté un profundo suspiro e intenté dar sentido a mis pensamientos y encontrar paz con la decisión que ya había tomado.

—Vine a Colorado para escapar exactamente de la vida que tú llevas —dije después de un momento—. La manipulación y los juegos. Vine porque es un buen lugar para descubrir de qué estás hecho. —La ira volvió a burbujear en la superficie. Había encontrado a la mujer perfecta: fuerte, sexy, con ojos inteligentes y reflexivos, pero la única manera de estar con ella era reclamar mi antigua vida. La vida que había jurado dejar atrás para siempre—. Soy Jameson Swash —dije, haciendo eco de mis palabras anteriores en el dormitorio—. Soy el legítimo jefe de la familia Swash. Si regreso y reclamo mi lugar legítimo, puedo prohibirle a Xander Caruso que siquiera te mire.

Capítulo Once

Carina

No podía entender lo que estaba escuchando, y deseaba haber prestado más atención al negocio familiar a lo largo de los años. Pero el año después de que mamá muriera, papá había estado inconsolable. Despotricaba sobre cómo el negocio familiar había llevado a su muerte. Cómo había odiado esa vida y deseaba no haber nacido en ella. Me quitó a ambos, así que intenté mantenerme lo más alejada posible. Si lo que Jameson decía era cierto, entonces aparte de la familia del Don, ninguna otra tenía más poder que la suya. Y él había renunciado a todo... decidió vivir como un motociclista cualquiera en Colorado. Podía entender eso, pero lo que no podía comprender era cómo estaría dispuesto a volver para salvarme.

Mis pensamientos daban vueltas sobre todo lo que había sucedido, y mi pecho se apretó. Gabriel y Jordan habían hecho esto deliberadamente. Jameson quería ser libre, y yo había sido enviada como una especie de trampa de miel para atraerlo de vuelta. Debería odiarme, no querer salvarme.

—No te dejaré hacerlo —dije, sorprendiéndome a mí misma—. Tienes una vida aquí. Tenías razón en querer alejarte de toda esta mierda. No voy a permitir que vuelvas. No por mí. —Jameson abrió la boca para protestar, pero levanté la mano para detenerlo—. Como esposa del subjefe, todos me tratarán con respeto.

—Excepto Xander Caruso —dijo Jameson, haciéndome desear que el mundo simplemente se abriera y me tragara en un agujero negro.

Antes de que tuviera la oportunidad de responder, la puerta se abrió y todos se pusieron de pie de un salto, solo para relajarse cuando Rex entró con Rahat, así como Kitty y Lucky, el motociclista que había conocido brevemente cuando nos sacaron de la carretera.

Rahat corrió directamente al otro lado de la habitación y me abrazó. —¿Estás bien? —preguntó. Quería romper en llanto y decirle que no. En su lugar, la abracé fuerte. Ella me acarició el cabello y me sostuvo cerca por un momento.

—Voy a Nueva York a casarme con Xander Caruso —dije tan pronto como me aparté.

—¡De ninguna manera! —gruñó Jameson.

—Estoy con el grandulón —dijo Rahat—. Tú *definitivamente* no te vas a casar con ese psicópata.

—Es mi decisión —dije, resistiendo el impulso de empezar a llorar.

Rahat me abrazó de nuevo. —No vayamos a Nueva York. Tengo algo de dinero ahorrado. Podríamos ir a Las Vegas, o mejor aún, a las Hébridas Exteriores. Nadie nos encontrará allí jamás.

No pude evitar sonreír ante la idea de Rahat en una pequeña isla escocesa. —¿Y qué harías allí? —pregunté—. La población es probablemente menor a treinta mil. Eso no es ni de cerca suficientes ojos admirándote.

Ella sonrió. —Tal vez no, pero puedes estar segura de que cada par lo haría. Además, escuché que tienen la mejor conexión a internet en todo el Reino Unido. Estaré bien.

Exhalé profundamente y negué con la cabeza. —Es una buena idea —dije—. Pero no, por el bien de todos, tengo que casarme con Xander. —Al decir las palabras, supe cuán ciertas eran. El padre de Xander acosó a nuestra familia hasta que mi madre se bebió hasta una tumba temprana. Ahora podía entender la presión que ella sintió. No podía hacer eso. No podía ver a Gabriel herido o castigado por mi rebeldía, pero sobre todo, no podía forzar a Jameson a volver a

una vida que odiaba.

—¡Basta! —Caleb se levantó de su percha en el alféizar de la ventana y captó la atención de la habitación. Había estado tan callado mientras hablábamos que casi había olvidado que estaba aquí—. El puto Don Bianchi puede ser un jefe importante en Nueva York, Londres y quién sabe dónde más, pero aquí no está a cargo. Yo lo estoy, y si las cosas se ponen feas, caminaré directamente hacia Xander Caruso y le pondré una puta bala en la cabeza antes de ver a cualquiera de ustedes hacer algo que no quieran. Ahora todos, siéntense de una puta vez, y repasaremos esto desde el principio. Quiero saberlo todo, los nombres de las familias, el poder que tienen, y sobre todo, cómo demonios empezó todo esto. Tal vez si empezamos a hablar las cosas, encontraremos una solución sin necesidad de que nadie juegue a ser un puto héroe sacrificado.

Cane estalló en carcajadas, y Lucky lo siguió. —Serías un orador motivacional de puta madre —dijo después de calmarse.

—Sí —repitió Lucky—. Deberíamos ponerlo en el puto circuito. Haría una matanza.

—Los mataré a *ustedes* si no se callan —dijo Caleb.

Todos se calmaron después de eso. Caleb trasladó la conversación al comedor, donde Kitty trajo cervezas y bocadillos para todos. Por primera vez en mi vida, me senté a una mesa y discutí mi futuro como si tuviera algo que decir en mi propio destino. Era extrañamente refrescante que me pidieran mi opinión sobre las cosas y no que me dieran órdenes. También fortaleció mi resolución. Jameson tenía una buena vida en Colorado con buenos amigos que lo amaban. Sin importar qué, nunca dejaría que renunciara a eso.

Capítulo Doce

Carina

La noche avanzaba, pero nada se resolvía. Solo dábamos vueltas y más vueltas en círculos. Era evidente para todos que solo teníamos dos opciones. O Jameson volvía a la vida que odiaba, o yo regresaba y me casaba con Xander Caruso. Era mejor aceptar mi destino y seguir adelante que quedarnos sentados lamentándonos, deseando que Jameson y sus amigos pudieran encontrar algún milagro de último minuto. Aunque deseaba con todo mi corazón que pudieran llegar en el último momento y rescatarme.

Después de un rato, me excusé y salí de la habitación, fingiendo cansancio y la necesidad de refrescarme y darme una ducha. Pero tan pronto como estuve sola, tomé el teléfono de su base, lo llevé arriba conmigo y llamé a Gabriel, pidiéndole que organizara mi traslado a Nueva York.

Me senté en la cama, preguntándome cómo escaparía de la casa sin ser notada cuando escuché un suave golpe en la puerta. Rahat entró. Antes de que hubiera dado dos pasos dentro de la habitación, me derrumbé en lágrimas.

—Todo va a estar bien —dijo, abrazándome fuertemente.

Mis lágrimas fluían libremente. Intenté componerme y las limpié de mis ojos, pero seguían volviendo. Sabía lo que tenía que hacer.

—Todo va a estar bien —repitió.

Rahat había sido mi amiga durante casi 15 años, desde que ambas empezamos la secundaria a los once. Nos sentamos una al lado de la otra el primer día en el aula. Nunca olvidaré cómo se echó el pelo detrás de la oreja, se presentó y luego me bombardeó con información sobre el juego Final Fantasy VII y lo divertida que era la Mansión de Don Corneo. En ese momento no tenía idea de lo que estaba hablando, pero pasamos cada fin de semana juntas durante los siguientes meses ayudándome a descubrirlo. Esos fueron algunos de los mejores días de mi vida. Por un momento me pregunté si la volvería a ver. La abracé con más fuerza y dejé que las lágrimas volvieran a caer libremente mientras decidía que la mejor manera de mantenerla a salvo era dejarla ir.

Tomé una respiración profunda y me aparté, armándome de valor. Sonreí y me reí de mi tontería. —Solo estoy siendo dramática. Todo estará bien. Encontrarán una manera. —Pasé las manos por la parte superior de mi cabeza y por mi pelo mientras miraba la cama—. Creo que solo estoy cansada. Necesito descansar. Yo... simplemente no creo que esté en condiciones de lidiar con nada en este momento. Debería dormir un poco.

Rahat me dio unas palmaditas en la mano antes de levantarse. —¿Necesitas que te traiga algo de beber?

Negué con la cabeza, y ella se giró para irse. —Hay una cosa —dije, haciendo que su mano se detuviera en el pomo de la puerta—. Creo que no puedo enfrentarme a nadie por un tiempo, especialmente a Jameson. ¿Puedes mantener a todos alejados?

Rahat me dedicó una cálida sonrisa. —Haré lo mejor que pueda —dijo antes de salir, cerrando la puerta firmemente tras ella.

Esperé unos minutos, escuchando para asegurarme de que había bajado antes de moverme y preparar la escena. Me limpié los restos de lágrimas y busqué en algunos de los armarios de la habitación. Encontrando las mantas y almohadas extra que esperaba estuvieran guardadas en algún lugar, las coloqué debajo de las sábanas en la cama para que pareciera que

estaba durmiendo. Después de moverlas durante unos minutos, satisfecha de que parecieran lo suficientemente una forma humana, asentí con la cabeza y me dirigí hacia la ventana.

Mi corazón latía con fuerza mientras miraba hacia la lúgubre noche. Hacía mucho tiempo que no me escapaba por una ventana. Solo esperaba tener aún la agilidad para lograrlo. Tan pronto como abrí la ventana, me golpeó una ráfaga terrosa mezclada con ozono. Las nubes se acumulaban en lo alto con la promesa de lluvia inminente. Con suerte, estaría bajo techo antes de que la tormenta llegara.

Como había esperado, el porche que había notado cuando estaba en la habitación antes se extendía más allá de mi ventana y alrededor de toda la casa. Salí con cuidado, asegurándome de no hacer ruido y de cerrar la ventana detrás de mí. Las luces de abajo revelaban la ubicación de las ventanas de la planta baja. Me moví alrededor, bordeando el porche, agradecida de que soportara mi peso, hasta que las luces quedaron detrás de mí y pude estar razonablemente segura de que no iba a caer frente a todos. Aun así, dudé por unos segundos, tumbándome boca abajo y asomando la cabeza para asegurarme, pero la imagen de mí deslizándose de cabeza por el borde acabó con esa idea. En su lugar, traté de ignorar la vocecita dentro de mi cabeza que me decía que volviera adentro, me di la vuelta y agarré el borde antes de bajarme. Me quedé colgada sobre el suelo durante lo que pareció una eternidad. La caída debajo de mí parecía imposiblemente lejana. Mi corazón parecía a punto de estallar y mis brazos protestaban por cada segundo perdido hasta que finalmente me solté, conteniendo un grito e instantáneamente agachándome en el suelo.

Miré hacia la carretera y mi destino, pero algo detuvo mi paso. Me había preparado para irme sin mirar atrás. Había querido cortar los lazos que me unían a los que estaban adentro. Irme y no volver la vista atrás, pero imaginé la preocupación en el rostro de Rahat la última vez que la vi. Eso se transformó en la frustración y el enojo de Jameson, pero también en ese brillo especial en sus ojos que tenía cuando me miraba a mí, y solo a mí.

Incapaz de resistir, contuve un sollozo y me acerqué a la ventana más cercana. Daba al comedor donde todos seguían hablando, dando vueltas y vueltas en círculos con poca o ninguna esperanza de encontrar una manera de ayudarme.

Jameson estaba sentado junto a Caleb. No podía escuchar las palabras que decía, pero podía ver la determinación en su rostro. Era esa determinación la que me hacía estar segura de que estaba haciendo lo correcto. Era una mirada que me decía que estaba dispuesto a renunciar a todo para ayudarme. No había forma de que pudiera permitir que eso sucediera.

Se me formó un nudo en la garganta, y tuve que resistir el impulso de aclararla por miedo a ser descubierta. Sabía que necesitaba irme, pero mis piernas estaban débiles, parecían no querer funcionar. Pero el tiempo se agotaba. Necesitaba irme. Tenía una cita que cumplir, y cada segundo de retraso acercaba mi escape al descubrimiento.

Con una última mirada llena de lágrimas, le dije adiós a Jameson con los labios cuando lo que realmente quería decir era «te amo». Me di la vuelta y me escabullí en la noche, oculta por las sombras de un viejo abeto de Douglas y las propiedades vecinas.

Capítulo Trece

Jameson

¡Mierda!

Quería golpear la pared otra vez o estrellar mi puño contra la mesa. Miré a cada uno de mis hermanos por turnos, Cane, Caleb, Rex y Lucky. Haría cualquier cosa por cada uno de ellos, pero una certeza brotaba dentro de mí: haría aún más por Carina. Lo supe desde el segundo en que la vi, y en el momento en que puse mi mano sobre su pierna para consolarla en el coche, esa noción se selló alrededor de mi corazón.

Recordé la conversación que habíamos tenido. Carina no sabía nada del pasado de su familia ni cómo se relacionaban con los Caruso. No sabía nada sobre los acontecimientos que atormentaron a su madre. No pude evitar trazar paralelos entre sus situaciones. Las cosas eran diferentes entonces. Los Russo tenían más poder, y el consigliere había mediado, decidiendo que su madre era libre de elegir lo que quería. Ahora no existía tal papel en nuestras filas y, aunque existiera, y por algún milagro Carina pudiera elegir, ¿la perseguirían el resto de su vida? ¿La llevarían a beber hasta la muerte? El pensamiento era insoportable.

Todos estaban cansados. El agotamiento se reflejaba en todos y cada uno de los rostros. Llevábamos horas en esto, y todos sabíamos que no teníamos el poder para librar a Carina de casarse con Xander. Bueno... ellos no. Pero yo sí. Sabía lo que tenía que hacer, pero primero, todos necesitábamos seguir el ejemplo de Carina y dormir un poco.

Mis ojos se desviaron hacia Rahat, que estaba sentada junto a Rex, con sus manos entrelazadas con las de él. Esto me hizo sonreír. Había sido una buena amiga para Carina, y con suerte esa amistad continuaría por muchos años más. Y Rex, bueno... era obvio por la mirada en sus ojos que estaba encantado con ella.

Rahat debió haber sentido mi mirada, ya que me miró con una extraña mezcla de miedo y preocupación. Tal vez había sido demasiado duro con ella antes. Le dediqué una débil sonrisa, que ella devolvió.

—Estoy cansado —dije, levantándome de mi lugar en la mesa—. Todos lo estamos. Creo que deberíamos dar por terminada la noche y descansar un poco —sugerí antes de añadir que podríamos empezar de nuevo por la mañana con mentes frescas y despejadas.

Rahat saltó de su asiento tan pronto como me dirigí hacia la puerta, interponiéndose entre ella y yo, y luciendo más que un poco nerviosa al hacerlo. —Carina quería estar sola, ¿recuerdas?

Resistí las ganas de poner los ojos en blanco. Podía entender que Carina quisiera estar sola, e incluso que necesitara algo de espacio lejos de mí, pero eso fue hace horas. Las cosas cambian. —Ve arriba y mira si está despierta. Incluso si no lo está, hazle saber que voy a subir a dormir. No tenemos que hablar si ella no quiere.

Un destello de incertidumbre cruzó el rostro de Rahat, pero después de un momento, asintió en acuerdo y se fue.

Caleb se levantó y me dio una palmada en el hombro. —Ya encontraremos una solución.

—¿Vas a volver a casa? —pregunté, optando por pasar de su comentario y estudiando su rostro para grabar cada detalle en mi mente. Su rostro áspero se había suavizado considerablemente desde que conoció a Thea, y aún más desde que llegó Toni. Me alegraba que hubiera encontrado a alguien a quien amar y cuidar, alguien que diera sentido a su vida. Todos lo habían hecho, excepto Rex y Lucky. Con suerte, algún día ellos también lo harían. Tal vez Rahat

podría incluso ser esa persona para Rex.

Mientras el pensamiento resonaba en mi mente, la voz angustiada de Rahat gritó desde arriba: —¡Carina se ha ido! —Apenas había llegado a lo alto de las escaleras cuando yo ya había corrido para encontrarme con ella, mis hermanos apenas un paso detrás—. Se ha ido.

Pasé junto a Rahat y entré en la habitación. Las sábanas habían sido retiradas para revelar un montón de mantas moldeadas para engañar a cualquier mirada rápida haciéndole creer que Carina dormía en la cama. Mi puño se cerró y gruñí. Se había ido. Se había marchado. Había hecho exactamente lo que yo había planeado hacer: escabullirse y aceptar mi destino. Bueno, le esperaba otra cosa si pensaba que esto era el final. No había ni una maldita posibilidad de que la dejara casarse con Xander.

—Debería haberlo sabido —Rahat sacudió la cabeza y me miró; sus ojos muy abiertos. Algo debió brillar en mis ojos porque Rex se paró protectoramente frente a ella, atrayéndola cerca detrás de él. Levantó la mano, a punto de hablar, pero yo suspiré y lo silencié con un gesto de mi propia mano.

—No podrías haberlo sabido —le dije a Rahat, tratando de mantener mi voz suave para no asustarla más—. Ella no quería que ninguno de nosotros supiera lo que estaba tramando.

Me acerqué a la ventana y noté que el seguro no estaba puesto. Debió haber trepado hacia afuera y saltado al piso de abajo. Rahat había vuelto abajo después de hablar con ella hace más de tres horas. Podría estar en cualquier parte ahora, pero tal vez aún había una oportunidad de alcanzarla y evitar que hiciera algo aún más estúpido.

Mis inquietas piernas querían salir corriendo por la puerta y apresurarse hacia... cualquier parte, pero sabía que tenía que pensar con lógica. En mi corazón, sabía que ella debía estar en camino a Nueva York. Le tomaría al menos una hora llegar a un aeropuerto, y otra más para pasar por el control de seguridad. Si hubiera abordado un vuelo en esas dos horas, aún estaría en el aire por otras tres.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó la voz de Caleb desde la puerta.

Me giré para responder y noté el teléfono sobre la mesita de noche. No estaba en su base, y me di cuenta de que Carina debió haberlo subido a escondidas. Lo tomé y presioné redial, sabiendo que solo había una persona a la que podría haber llamado.

—¿Dónde está Carina? —pregunté tan pronto como Gabriel contestó.

—¿Quién es?

—Jameson Swash.

Podía sentir la tensión emanando a través de la pausa en la línea mientras asimilaba mis palabras. Aparte de mi hermano, no había tenido contacto con nadie de mi propia vida en años.

—La recogieron en un aeropuerto privado a las afueras de Franktown hace unos veinte minutos.

Cerré los ojos e intenté contener la rabia que hervía ante sus palabras. —Da la vuelta al avión —dije entre dientes.

—Lo haría si pudiera.

Una revelación me golpeó ante sus palabras. —Tú no enviaste el vuelo, ¿verdad?

—Xander...

—Mueve tu maldito trasero y ve a recibirlo cuando aterrice.

—Estoy en Londres.

Abrí los ojos y miré a mis hermanos, que estaban de pie, escuchando y esperando a que terminara para decirles qué necesitábamos hacer. Me froté la cabeza. El agotamiento nublaba mis pensamientos. —Llama a Jordan. Dale los detalles del vuelo y dile que voy en camino. Luego

vete tú a Nueva York.

Terminé la llamada antes de que tuviera la oportunidad de responder, seguro de que haría lo que le había pedido. —¿Puedes conseguirnos un vuelo a todos? —le pregunté a Caleb—. Fleta un avión si es más rápido.

Caleb asintió y salió de la habitación.

—Llamaré a Bono y haré que nos encuentre allí —dijo Cane. Esta vez, no me opuse.

—Bajaré en un minuto. —Las palabras fueron entendidas como la despedida que pretendía que fueran, y todos me dejaron solo. Miré el teléfono en mi mano. Estaba volviendo. La vida que había dejado me había alcanzado. Después de todos estos años, aún recordaba el número que necesitaba marcar. —Necesito hablar con Don Bianchi —dije tan pronto como alguien contestó—. Dígale que es Jameson Swash.

Capítulo Catorce

Jameson

Hay una sensación en el aire de Nueva York que nunca he sentido en ningún otro lugar. Tal vez era el hecho de que estaba en casa, o que más de ocho millones de personas me rodeaban, rebosantes de energía.

El sol de la mañana proyectaba un resplandor anaranjado sobre los altos edificios en la distancia. Se decía que la ciudad nunca dormía, pero a esta hora del día, realmente cobraba vida. La gente se ocupaba de sus asuntos sin apenas conocimiento de las vidas a su alrededor, de los tratos que se hacían en segundo plano, de los crímenes que se cometían. Eso si tenían la suerte de no verse involucrados en ellos.

A pesar de la creciente inquietud que plagaba cada uno de mis pensamientos, me había obligado a dormir algo durante el vuelo. Puede que nunca me hubiera unido a la marina o al ejército, pero era un soldado al fin y al cabo, y como cualquier soldado, el don de dormir donde y cuando pudiera se había arraigado en mí a lo largo de una vida de batalla.

La anticipación flotaba en el aire mientras cruzábamos el estacionamiento hacia la limusina que nos esperaba. Cuando nos acercamos, la puerta se abrió y Jordan salió, luciendo impecable y confiado en su traje Armani. Hizo un gesto a los ocupantes del SUV detrás de la limusina para que se quedaran quietos, y luego se dirigió hacia nosotros. Él siempre había estado mejor adaptado a esta vida que yo. Parecía un poco mayor de lo que recordaba. Supuse que ambos lo estábamos. Ahora se notaban líneas alrededor de sus ojos que no estaban allí la última vez que lo vi, pero si acaso, a lo largo de los años, su confianza había crecido. Se acercó con un aire de arrogancia nacido de años de mando y de saber que cada una de sus órdenes sería obedecida. Su papel nunca pesó en su corazón, como lo había hecho en el mío. Él era un líder, un asesino si era necesario.

Su mirada me recorrió, evaluando mi apariencia y los vaqueros y la chaqueta de motociclista que llevaba. Una pequeña mueca de desdén se dibujó en la comisura de sus labios mientras su mirada se apartaba de mí y se dirigía hacia mis hermanos. Sin duda, se sentía superior a ellos. Subestimaba tanto sus habilidades como sus caracteres por su forma de vestir. Estaba equivocado. Eran mejores hombres de lo que cualquiera de nosotros dos llegaría a ser jamás.

—¿Dónde está ella? —pregunté, saltándome cualquier tipo de saludo formal.

Su actitud confiada vaciló por un segundo antes de confirmar que su vuelo no había aterrizado en Nueva York como habían anticipado. —La llevaron directamente a la casa de Xander en los Hamptons —dijo después de un momento.

Mi sangre hervía y mi cuerpo se tensó. Consideré dar media vuelta y subirme directamente de nuevo al avión. —¿Y Caruso? —pregunté en su lugar.

—Xander está aquí en Nueva York. La reunión está programada como se solicitó.

Asentí y me volví hacia mis hermanos. No había nada que pudieran hacer para ayudarme aquí. Estaba a punto de pedirles que se dirigieran a los Hamptons y vigilaran a Carina cuando una motocicleta se acercó, deteniéndose a solo unos metros de distancia.

Bono sonrió a modo de saludo mientras se bajaba de su moto y estrechaba mi mano, antes de estrechar las de sus hermanos. —Deberías haberme llamado antes —dijo.

—Estás aquí ahora. —Sonreí, esperando por primera vez que todo fuera a salir bien. Tenía un plan. Ahora solo teníamos que ver si funcionaba.

Informé a mis hermanos sobre cómo pensaba que podrían ayudarme mejor, y le pedí a Jordan que les diera los detalles de adónde debían ir. Hizo una señal a los hombres en el SUV, llamándolos antes de presentarlos a los hermanos y darles instrucciones para escoltarlos y mantenerlos a salvo.

No pude evitar sonreír ante la expresión que cruzó el rostro de Caleb. No había duda en mi mente sobre quién mantendría a salvo a quién, y no serían los hombres de mi hermano.

Asentí en señal de agradecimiento y me dirigí a la limusina. Una vez dentro, respiré hondo y me compuse. Le había pedido a Don Bianchi que convocara una reunión y Jordan había confirmado que estaba organizada. Pronto, todos los jefes de la mafia bajo su mando estarían llegando a Nueva York, llegando para elegir a un nuevo segundo al mando. Xander pensaba que tenía el puesto asegurado. No tenía idea de lo que se avecinaba, y eso me daba un leve destello de satisfacción.

La puerta del otro lado del coche se abrió y Jordan subió. —Es bueno verte —dijo, observando mi apariencia de nuevo—. Te ves bien.

Me burlé. —No mientas.

—No, en serio. La chaqueta te queda bien. Pero por mucho que me guste, sabes que no puedes presentarte ante los demás con este aspecto, ¿verdad?

—Lo sé. Me veré como debo verme. —La vida de Carina dependía de ello.

Capítulo Quince

Jameson

Cinco horas después, sonó un golpe en la puerta de mi habitación.

—Ya casi es hora —dijo Jordan.

—Saldré en diez minutos —respondí antes de dirigirme rápidamente al baño para ducharme.

Minutos después, me puse un traje de Armani, terminé de anudar la primera corbata que usaba en más de siete años y envié un rápido pensamiento a Carina, deseando su seguridad y que todo saliera como esperaba.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Jordan de nuevo cuando salí al pasillo.

—¿Lo estás tú? —respondí.

Él se rio y negó con la cabeza. Ambos sabíamos que existía la posibilidad de que ninguno de los dos saliera vivo de esto. A pesar de la situación, no pude evitar sonreír en respuesta. Habíamos sido cercanos en el pasado. Quizás podríamos serlo de nuevo. Si sobrevivíamos.

Una limusina nos llevó a una oficina discreta en el Lower East Side. Subimos las escaleras lado a lado y nos detuvimos al llegar arriba. Se escuchaban voces al otro lado de la puerta.

Preparé mis nervios. Más que nada, necesitaba transmitir el poder y la autoridad para los que había nacido. Un traje elegante estaba bien, pero no podía solo parecer un jefe de la mafia. Tenía que serlo, y ese era un papel que no había asumido en mucho tiempo. Un papel que nunca había querido.

Jordan me dio un rápido asentimiento de cabeza, mostrando su aprobación. Eché los hombros hacia atrás y abrí la puerta. Todas las cabezas se volvieron hacia mí. La mayoría mostraron expresiones de confusión en sus rostros.

La habitación rebosaba de una energía tensa difícil de describir. Había una sensación de gravedad en la situación. Algunos de estos hombres se odiaban entre sí, otros esperaban que algunos la cagaran o murieran para poder tomar su lugar y ascender en los rangos. Otros eran amigos de toda la vida. Todos sabían que el padre de Xander estaba muerto y que el puesto de segundo al mando estaba disponible. Aunque pocos dudarían que Xander no fuera un candidato seguro para el puesto. Al menos hasta que entré en la habitación. Por las miradas que cruzaron sus rostros, mi presencia había causado una mezcla de aprensión y curiosidad. Sin duda, algunos se preguntaban sobre las alianzas que habían formado durante mi ausencia, y si valdría la pena apoyarme a mí en lugar de a Xander. Aquellos que me conocían bien estaban seguros de ello. Especialmente si recordaban el favor que tenía a los ojos del Don.

—¿Recuerdas a Frank? —dijo Jordan, llevándome hacia la izquierda de la habitación.

Frank se levantó para saludarme desde su lugar en la mesa redonda que dominaba el centro de la sala. Me estrechó la mano y me dio una palmada en la espalda. —No puedo decirte lo bueno que es verte —dijo y señaló a Sid, que se había acercado a su lado—. Supongo que esto significa que Xander tendrá un desafío —añadió.

Sid asintió. —Eso espero, maldita sea. No soporto a ese tipo. —Me estrechó la mano y la de Jordan.

Sonreí. —Supongo que mi hermano y yo podemos contar con vuestro apoyo.

Los ojos de Frank se dirigieron a mi hermano como si buscara un significado adicional

en mis palabras, pero asintió. —La familia Swash siempre lo ha tenido, y no veo razón para que eso cambie ahora. —Se rio y me dio otra palmada en la espalda—. Joder, tío. Casi pensé que estabas muerto. ¿Dónde diablos has estado?

—Me tomé unas buenas vacaciones. —Antes de que tuviera la oportunidad de indagar más, la puerta se abrió y Gabriel entró.

Primero miró a Jordan antes de dirigir su atención hacia mí. —Espero que sepas lo que estás haciendo —dijo, acercándose con la mano extendida, listo para estrechar la mía.

—Yo también lo espero.

Los siguientes minutos los pasamos dando vueltas, estrechando manos e intercambiando saludos por la habitación. A pesar de la tensión subyacente, el ambiente era casi jovial con un sentido de camaradería entre los hombres. Aunque no todas las caras eran amistosas, parecía que pocos tenían a Xander en alta estima. En el mejor de los casos, le tenían miedo.

No fue difícil darse cuenta cuando llegó. La puerta se abrió de golpe y una sombra cayó sobre la habitación. Las voces se silenciaron y los hombres tomaron sus asientos alrededor de la mesa.

Capítulo Dieciséis

Jameson

Mi corazón latía aceleradamente y apretaba la mandíbula. Su cara era tan golpeable como la recordaba. Percibiendo mi estado de ánimo, Jordan puso una mano tranquilizadora en mi brazo.

Fijé la mirada en Xander y por un breve segundo, vi un destello de preocupación en sus ojos antes de que recorrieran la habitación, observando las otras caras.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó con una mueca de desprecio en su rostro—. Solo los jefes de familia son bienvenidos.

Jordan se paró frente a mí. —Sabes perfectamente que Jameson es el jefe de la familia Swash.

Xander dirigió su mueca de desprecio hacia mi hermano. —Creo que renunció a ese título hace mucho tiempo, junto con cualquier otro. De cualquier manera, o se va él o te vas tú.

Esta vez, me interpose entre Xander y mi hermano. —No sé por qué crees que estás aquí, pero esta reunión fue convocada a petición mía, y el Don sabe perfectamente que tanto mi hermano como yo estaremos presentes. Ahora te sugiero que te sientes y escuches atentamente todo lo que está a punto de decirse.

La habitación a mi alrededor pareció encogerse bajo el peso de la mirada de Xander. Si las miradas mataran, yo estaría muerto un millón de veces. Pero no iba a retroceder, no cuando necesitaba proteger a Carina. Con una concentración inquebrantable, le devolví la mirada, sin querer ser el primero en ceder. Me sentía como una nube de tormenta lista para estallar ante la primera provocación. Demonios, la mitad de mí quería estallar y estrellar su cabeza contra la mesa en el proceso.

—Estás cometiendo un error —fue todo lo que me dijo antes de sacar la silla más cercana y tomar asiento.

Cuando no me moví por un momento, se volvió hacia mí y sonrió. —Tomaré un café mientras estás de pie —dijo. Su manera de recuperar la compostura después de ser el primero en romper nuestro concurso de miradas.

No me molesté en responder. En su lugar, tomé asiento entre Jordan y Gabriel.

Frank golpeó la mesa con la mano. —Ahora que estamos todos listos —dijo—. Sid, trae a los demás y luego comunícate con Don Bianchi.

En cuestión de segundos, la gran pantalla en la pared cobró vida. Al principio, parpadeó con la imagen de innumerables rostros. Los de los jefes que no habían llegado a Nueva York. Pronto estos fueron relegados a un lado, solo para ser reemplazados por la imagen del Don. Estaba sentado en un opulento jardín lleno de macetas de terracota, geranios de flores rosadas y cactus. El sol brillaba, iluminando su rostro con su cálido resplandor. Se quitó las gafas de sol y se inclinó hacia adelante en su silla. Se veía más viejo de lo que recordaba, con más líneas alrededor de los ojos, pero tan fuerte como cualquier hombre de setenta años podría esperar ser. Si alguien alguna vez había exudado una presencia imponente, ese era el don.

—Es bueno verte entre nosotros, donde perteneces. —La mirada de Bianchi se fijó firmemente en la mía—. Estoy ansioso por que expongas tu reclamo —añadió—. Todos lo estamos.

—Me opongo —Xander se puso de pie, golpeó la mesa con el puño y me miró con furia—. No tiene derecho.

—Siéntate —le ordenó Bianchi, con su rostro más grande que la vida en la pantalla.

Era evidente que Xander quería objetar más, pero nadie desobedecía al don, y no era alguien a quien le gustara repetirse. Xander se sentó, pero la mirada que me lanzó no podía ser más clara. Coincidió con la mirada que algunos de los otros jefes de familia me dirigían. La mitad de ellos me habían dado por muerto, la otra mitad deseaba que así fuera. Esa era su manera. Siempre luchando por el poder y la posición.

—Ahora —continuó Bianchi—. Estamos todos aquí para votar por un reemplazo para mi querido amigo fallecido Manuel Caruso. Mi amigo de confianza durante muchos años. Que descanse en paz.

—Que descanse en paz —repitieron todos al unísono.

—Dos familias tienen un reclamo válido, Caruso —dijo Bianchi—, y Swash.

Xander se puso de pie nuevamente, pero Bianchi lo hizo sentar con una mirada. —Perdóneme, Don Bianchi. Jameson Swash renunció a cualquier reclamo que tuviera sobre la posición de subjefe hace más de siete años. No tiene ningún derecho.

Los ojos de Bianchi se dirigieron hacia mí a través de la pantalla. Se reclinó en su silla y abrió la gran caja de madera sobre la mesa frente a él, sacó un cigarro y lo masticó en el extremo. Xander tragó saliva. Eso nunca era una buena señal.

Para evitar que el Don se repitiera, Espotio, el hombre a la derecha de Xander, gruñó. —Si Don Bianchi afirma que tanto Swash como Caruso tienen un reclamo sobre la posición de subjefe, entonces Swash y Caruso tienen un puto reclamo sobre la posición de subjefe. ¿Entiendes? Ahora cierra la puta boca.

Xander lo miró fijamente, pero fue incapaz de mantener la boca cerrada.

—Entiendo. Mis disculpas de nuevo, Don Bianchi. Hablé fuera de turno —su mirada se deslizó hacia mí y Jordan, sentado a mi lado, y un destello triunfante apareció en sus ojos—. Como solo el caporegime de una familia puede estar presente en circunstancias como estas, me había confundido momentáneamente. Como usted ha dicho, Jameson Swash tiene todo el derecho de reclamar el puesto de subjefe. Sin embargo, su hermano, Jordan, no es bienvenido en estos procedimientos y, como tal, ha perdido el derecho a vivir.

Murmullos de aprobación resonaron alrededor de la mesa y a través del enlace de chat, pero el don solo continuó masticando el extremo de su puro.

Mantuve mi rostro impassible, pero por dentro, sonreí. Había hablado extensamente con Don Bianchi sobre la idoneidad de Xander para el papel. Estaba demasiado lleno de su propia importancia como para mantenerse dentro de los límites de su rol, y no tenía duda de que eventualmente intentaría usurpar el poder del don. Con mi presencia en la votación, y la abrumadora necesidad de Xander de salirse con la suya, ya había mostrado una falta de respeto.

—Si me permite, Don Bianchi —dije, y continué cuando él asintió—. Tienes razón, Xander. Tengo todo el derecho de reclamar la posición de mi padre como subjefe. Un reclamo que supera al tuyo —cuando abrió la boca para objetar, levanté la mano para silenciarlo—. Sin embargo, también tienes razón al decir que renuncié a ese reclamo hace más de siete años cuando entregué mi familia a mi hermano.

—Entonces el asunto está jodidamente resuelto —dijo Xander.

—No lo está —dijo Bianchi, y todas las miradas volvieron a la pantalla—. He hablado extensamente con Jameson y el tiempo que ha pasado fuera le brinda una perspectiva única. Por lo tanto, he decidido que sus talentos son más adecuados para el papel de consigliere. A partir de ahora, será mi consejero de mayor confianza, y cualquier disputa que tengan será mediada a través de Jameson.

Algunas exclamaciones de asombro y maldiciones sonaron alrededor de la habitación.

Manuel había terminado la posición cuando se convirtió en subjefe y asumió el rol como un segundo deber para sí mismo. Sin duda, Xander había pensado hacer lo mismo. El subjefe puede ser el segundo al mando y el consigliere el tercero, pero la lealtad del consigliere era solo para el don, y tenía su oído en todos los asuntos. Por la forma en que miraba fijamente el escritorio, Xander estaba repasando las implicaciones de esto en su mente.

—Suficiente —dijo Xander después de un momento, golpeando su mano contra el escritorio—. Bien, Jameson es el jodido consigliere. Estamos aquí para votar por la posición de subjefe.

El don nos decía cuándo hablar, cuándo no hablar y a quién jodidamente matar. Ciertamente nunca le hablábamos de la manera en que Xander acababa de hacerlo. Todos los que escuchaban sabían que sus días estaban contados. Solo estaban esperando que Xander se diera cuenta por sí mismo. Manuel no era ningún santo, pero conocía su lugar. Era claro para todos. No había transmitido ese conocimiento a su hijo.

Don Bianchi escupió el extremo de su puro y agitó el resto hacia Xander.

—Para alguien a quien le gusta hablar a otros sobre procedimientos, estás olvidando uno muy importante —el don me hizo un gesto para que continuara.

—Gracias, Don Bianchi —dije—. Como es costumbre, para asegurar un proceso justo, cualquier disputa contra la familia Swash y Caruso debe ser resuelta antes de la votación. ¿Alguien tiene algún problema con Jordan Swash que le gustaría plantear?

—Ni de puta broma —gritó Xander y se puso de pie, golpeando sus puños contra la mesa—. Jordan no tiene ningún jodido derecho a la posición.

—Por el contrario, Don Bianchi ya ha declarado que tanto la familia Swash como la Caruso tienen derecho a reclamar. ¿Estás corrigiendo al don otra vez? —preguntó Espsotio, su voz como el hielo.

El rostro de Xander enrojeció y parecía a punto de explotar. Sus puños se apretaron contra la mesa mientras trataba y fallaba en controlar sus emociones.

—Ya hemos establecido que Jordan es el jefe de la familia Swash. Su reclamo es tan válido como el tuyo. Tu *objeción* es desestimada. Ahora, ¿alguien tiene algún problema con Xander Caruso que le gustaría plantear?

A una señal, Gabriel sonrió, agradeció al don por su sabiduría al nombrarme, y le lanzó una mirada significativa a Xander.

—Xander Caruso ha exigido la mano de mi hermana en matrimonio. Dada la historia de nuestra familia, siento que la demanda es indignante. Había esperado fortalecer el vínculo entre la familia Russo y Swash. Carina y Jameson han desarrollado una conexión profunda. Una unión entre ellos dos sería bienvenida.

—De nuevo, tenemos dos reclamos válidos —dijo Bianchi—. Una vez más, es el papel del consigliere mediar.

Los ojos de Xander se oscurecieron aún más.

—No puede decidir por sí mismo en este asunto. Su sesgo sería evidente e invalidaría su papel.

Un murmullo de acuerdo hizo eco a sus palabras, dándoles peso, pero yo simplemente sonreí en respuesta.

—Nunca soñaría con hacerlo. Me parece que la solución es simple, la madre de Carina fue libre de elegir con quién se casaría, y a Carina se le debería otorgar la misma oportunidad. Creo que actualmente está en los Hamptons, quizás deberíamos hacer que la traigan a Nueva York donde podamos esperar su decisión sobre si desea casarse conmigo o con Xander. Intacta e

ilesa, por supuesto.

El rostro de Xander enrojeció y parecía a punto de explotar. Se puso de pie; sus puños apretados contra la mesa. Trató y falló en controlar sus emociones.

—No te saldrás con la tuya —gruñó—. Haré que cada uno de ustedes pague jodidamente.

Sin decir otra palabra, salió de la habitación, con la rabia grabada en cada centímetro de su porte.

—Te has ganado un enemigo de por vida —afirmó Don Bianchi.

Asentí con la cabeza y le sostuve la mirada. —Nunca esperé que fuéramos amigos. ¿Tengo su permiso para asegurarme de que Xander cumpla con su obligación y no le ponga un dedo encima a Carina?

El don me estudió por un momento y sonrió. —Eres el consigliere. Es tu trabajo asegurarte de que tus decisiones se cumplan y castigar a quienes las desobedezcan.

—Entonces, si me disculpa, necesito ir a los Hamptons.

—Por supuesto. —El don inclinó brevemente la cabeza hacia los otros hombres alrededor de la mesa antes de pedirle a Jordan, Espsotio y Fred que me acompañaran.

Gabriel se puso de pie. —Si me permite...

Antes de que tuviera la oportunidad de decir otra palabra, el don hizo un gesto con la mano para despedirlo. —Ya había asumido que estarías presente para garantizar la seguridad de tu hermana.

Con solo una breve palabra de despedida, dejamos la reunión sin haber votado aún por el cargo de subjefe. Si Xander actuaba como yo esperaba, como temía a medias, ya no sería necesaria una votación. Sospechaba que Don Bianchi pensaba lo mismo, y que Espsotio y Fred eran acompañantes para confirmar que mis acciones fueran las requeridas.

Capítulo Diecisiete

Carina

Miraba por la ventana hacia la playa, rogando que las lágrimas dejaran de fluir. En otras circunstancias, esto sería un paraíso. Pero para mí, no era más que una jaula dorada. Deseaba con todo mi corazón que las cosas hubieran sido diferentes. Que Jameson estuviera aquí conmigo ahora, pero eso no iba a ser. En su lugar, me encontraba sola sobre relucientes suelos de mármol, observando cómo el sol se ponía sobre los Hamptons, proyectando un cálido resplandor sobre la extensa propiedad.

Sorbí y me aclaré la garganta, secándome las lágrimas de los ojos.

—Carina —me dije, tratando de añadir una nota de determinación a mi voz—. Tú elegiste esto. Era la única manera.

A pesar de mis mejores intenciones, cualquier esperanza de valor me falló. Mi corazón latía con fuerza, y traté de sofocar el creciente pánico que amenazaba con consumirme.

Rodeada de elegancia y riqueza, no podía sacudirme la sensación de que me estaban observando. Que alguien estaba al acecho, listo para atacar cuando menos lo esperara. Cada ruido, cada paso, cada soplo de viento, me recordaba que Xander podría llegar en cualquier momento. Lo que sucedería después, no podía soportar pensarlo. Si tan solo pudiera detenerme. Se escucharon pasos más allá de la habitación, haciéndose más fuertes, voces amortiguadas sonaron, y supe sin lugar a dudas que el momento había llegado.

Aun así, cuando la puerta se abrió de golpe, no pude evitar el escalofrío que recorrió mi espina dorsal. Me giré, y allí estaba él.

Xander.

Su rostro se contorsionó de rabia. Sus ojos se clavaron en los míos, como un depredador enfocándose en su presa. Esa misma sensación que tuve en el club cuando sus ojos se fijaron en mí por primera vez regresó con toda su fuerza. Era un hombre malo en todos los sentidos, y quería destrozarme.

—Carina —gruñó, su voz baja y peligrosa mientras se acercaba a mí. Mi corazón latía con fuerza, y la sangre rugía en mis oídos. Luché contra mi instinto de lucha o huida con todo lo que tenía. ¡Dios! Quería darme la vuelta y correr, pero había tomado mi decisión, y ahora tenía que asumir las consecuencias. Por Gabriel, por Jameson. Esto era lo que tenía que hacer.

—Xander —respondí, tratando de inyectar confianza en mi voz temblorosa.

Se detuvo a escasos centímetros de mí. El aroma de su colonia invadió mis sentidos. Traté de convencerme de que era por eso que me sentía nauseabunda.

Gruñó y una extraña mirada cruzó su rostro como si estuviera debatiendo algo, pero cualquier conflicto interno que libraba en su cabeza. Cuando sonrió con desdén, supe que su lado malvado había ganado. —Me perteneces —dijo.

Tragué el nudo que se formaba en mi garganta y me erguí. Usando todo lo que tenía, reprimí el miedo que crecía dentro de mí y dejé que la ira tomara el control en su lugar. Puede que me vea obligada a casarme con Xander, pero nunca le pertenecería.

—No le pertenezco a nadie —escupí en respuesta.

Mi desafío alimentó su ira. Antes de que pudiera reaccionar, su mano salió disparada y un golpe vicioso con el dorso de la mano conectó con mi mejilla.

Un dolor agudo explotó en mi rostro. Retrocedí tambaleándome mientras las lágrimas nublaban mi visión. La habitación giró, las lujosas lámparas de araña sobre mí se fusionaron en

un único borrón de luz mientras luchaba por mantenerme en pie. Mientras me desplomaba en el suelo, el mundo a mi alrededor erupió en caos.

—¡Carina! —gritó alguien, pero el sonido parecía distante, haciendo eco a través de la niebla de dolor que me envolvía. Grité, casi creyendo que la voz pertenecía a Jameson. Pero entonces él estaba allí. Realmente estaba allí. Había venido por mí.

Jameson se abalanzó. Sus puños golpearon el rostro de Xander. El sonido de carne golpeando carne resonó en la habitación, pero mis oídos zumbaban por el golpe, y todo parecía lejano. Sentí un brazo agarrarme bruscamente, poniéndome de pie. Me giré para mirar a través de ojos borrosos.

—¡Suéltala! —rugió Cane, su voz profunda retumbando por la mansión mientras cargaba contra uno de los hombres de Xander, derribándolo al suelo con fuerza bruta, y alejándolo de mí.

La habitación se transformó en un torbellino de violencia mientras los amigos de Jameson se unían a la refriega, cada uno de ellos lanzándose contra Xander y sus secuaces con determinación grabada en sus rostros.

Los amigos de Jameson. Sus verdaderos amigos, los había llamado, y todos estaban aquí ahora: Rex, Cane, Caleb, Lucky, incluso algunos hombres que nunca había visto antes. Estaba tan aliviada, y confundida, y feliz... pero no podía quitarme de la cabeza el pensamiento de que no deberían estar aquí. Nada bueno podría salir de esto para Jameson.

—Carina, ¿estás bien? —gritó Cane por encima del estruendo. Su frente se arrugó de preocupación mientras lanzaba un poderoso puñetazo que hizo tambalearse a otro de los matones de Xander.

—Yo... no lo sé —Mi mejilla palpitaba de dolor, y mi visión aún nadaba por la fuerza del golpe de Xander.

En medio del caos, ver a estos hombres arriesgarlo todo por mí despertó algo profundo en mi corazón... ¡Esperanza!

Sus esfuerzos combinados comenzaron a superar a Xander y sus hombres. Sus habilidades y trabajo en equipo eran evidentes en cada ataque bien coordinado. La habitación giraba a mi alrededor mientras la cacofonía de gruñidos, gritos y los repugnantes sonidos de carne contra carne llenaban mis oídos. Mi corazón latía con fuerza y una profunda sensación de vulnerabilidad me invadió. Necesitaba escapar. Sin pensar en nada más, me abalancé hacia adelante con mi visión limitada enfocada solo en alcanzar la puerta.

—¡Carina, cuidado! —gritó Rex.

Su advertencia llegó demasiado tarde. Xander se abalanzó sobre mí como un animal salvaje. Su puño conectó con mi rostro, enviando otra descarga de dolor abrasador por todo mi cráneo. Me desplomé en el suelo, mi cabeza golpeando el implacable suelo de mármol con un ruido enfermizo.

—¡Atrás! —ordenó Jameson, asestando un último y devastador puñetazo que envió a Xander al suelo frente a mí. La sangre que goteaba de la comisura de su boca fue lo último que vi antes de que la oscuridad se apoderara de mis sentidos.

Capítulo Dieciocho

Carina

Parpadeé confundida y me senté de golpe en la cama, observando mi entorno desconocido. Me palpitaba la cabeza y me esforzaba por recordar lo que había sucedido. Xander... Jameson.

—Has despertado.

—Jameson —dije mientras su intensa mirada se clavaba en mi rostro—. Viniste por mí.

—¿Por qué pensarías que no lo haría? —respondió.

—¿C-cuánto tiempo estuve inconsciente?

—Siete horas. Estamos en Nueva York.

—¿Qué?

Se rio y se acercó a la cama, sentándose a mi lado y tomando mi mano.

—El médico te examinó. Vas a estar bien. Es una leve conmoción cerebral. Dijo que podrías tener un dolor de cabeza terrible, pero aparte de eso...

—¿Y Xander?

—Muerto.

Nunca pensé que mi corazón se alegraría con tal noticia. En ese momento, no sentí más que felicidad y alivio, pero luego me di cuenta de lo que esto significaba para Jameson. —No deberías haber hecho esto. No es lo que querías. —Había trabajado tan duro para alejarse de su vida con la mafia. Ahora, por mi culpa, estaba de vuelta en ella. Debe odiarme, y si no lo hacía ahora, no podía comprender un futuro en el que no llegara a hacerlo.

—Es lo mejor para ambos.

—Pero jefe de tu familia, segundo al mando... Nunca tendrás la vida que querías.

Jameson sonrió y apretó mi mano. —Entonces gracias a Dios que desde esta mañana, Jordan ha asumido ambos roles. —Debió haber visto la confusión grabada en mi rostro porque continuó—. Estás mirando al nuevo consigliere. Trabajaré para resolver disputas y conflictos. Puedo quedarme en Colorado y viajar cuando sea necesario. Es lo mejor de ambos mundos.

—Esas son noticias increíbles.

—Esperemos que sigas pensando así después de que te diga que estamos como comprometidos para casarnos.

—Si he estado inconsciente las últimas siete horas, ¿cómo diablos logré comprometerme?

—Se suponía que hoy elegirías entre mi mano o la de Xander, pero con Xander fuera del panorama, te quedas conmigo por defecto. —Sin decir una palabra más, se quitó la camiseta por encima de la cabeza y la arrojó al suelo. Me moría de ganas de extender la mano y tocar su carne esculpida, pero en su lugar aparté la mirada.

—Creí que estabas harto de los juegos —dije, incapaz de ocultar el tono de deseo en mi voz.

Se acercó a mí lentamente, sin apartar los ojos de mi rostro. Extendió la mano y quitó las mantas de mi cuerpo. Sus ojos recorrieron mi cuerpo y se detuvieron en mi pecho. Me estremecí bajo su mirada.

Desabrochó mi sujetador con facilidad practicada, soltando el cierre en un movimiento rápido. Sus dedos trazaron mis hombros y bajaron por mis brazos mientras me liberaba de las tiras. Mis bragas pronto siguieron a mi sujetador en el suelo.

La piel se me puso de gallina mientras, una vez más, yacía ante él, completamente

desnuda.

Apartó el cabello de mi hombro. Mi respiración se detuvo en mis pulmones y la necesidad pulsó directamente hacia mi centro. Mis dedos ansiaban extenderse y tocarlo, pero los mantuve firmemente a mi lado.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Estaba a punto de preguntarte lo mismo. —Alcanzó la parte superior de sus vaqueros y los desabrochó, liberando su grueso y rígido miembro. Me imaginé cómo me embestía, llenándome por completo. Solo el pensamiento de lo que podría hacerme me hizo jadear mientras mi centro se contraía contra la nada. Deseando tenerlo dentro, me lamí los labios y al instante me reprimí.

¿Qué demonios estaba haciendo? Ningún hombre me había hecho sentir como Jameson, como mi prometido. Prometido. Me gustaba cómo sonaba eso, aunque nunca tuve la propuesta romántica con la que siempre había soñado.

Alcanzó la cintura de sus vaqueros y desabrochó su cinturón. Tomé una respiración temblorosa y saboreé saber cuán húmeda me estaba poniendo. La necesidad pulsante entre mis piernas se intensificó, y Jameson agarró mi mano y rozó con su pulgar el punto de pulso en mi muñeca. Una pequeña sonrisa jugaba en el borde de sus labios, como si estuviera complacido de encontrar mi corazón acelerado por él. Sin decir una palabra, me atrajo hacia su cuerpo con mis brazos presionados detrás de mí.

Me sentí pequeña, envuelta en el calor de sus brazos, pero también segura. Todo mi cuerpo se sentía vivo. Levanté la cabeza para mirar sus ojos. Él me devolvió la mirada y sus labios descendieron hacia los míos. Capturándome, empujó su lengua dentro. Mis piernas amenazaron con flaquear, pero él me sostuvo con fuerza. No había nada suave o gentil en sus acciones. Solo posesivo. Su beso me reclamó mientras sus manos trabajaban para sujetar mis brazos detrás de mi espalda con su cinturón.

—¿Me deseas? —preguntó, su aliento como fuego contra mi oreja.

—Sí —casi jadeé. El recuerdo de lo bien que se sentía que me reclamara circulaba en primer plano en mi mente. Quería eso otra vez. Lo necesitaba.

Rozó ligeramente sus manos por mi pecho y estómago, creando un rastro de piel de gallina dondequiera que tocaban. El calor se disparó a través de mi cuerpo. Apenas podía respirar cuando se deslizaron sobre mi monte de Venus. Me estremecí de anticipación.

Me sacó de la cama, me dio la vuelta y me guió hacia el sofá, donde me inclinó sobre el brazo. Mi cara se presionó contra el material áspero de los cojines. Quería usar mis manos para empujarme hacia arriba, pero estaban envueltas firmemente en el cinturón detrás de mi espalda, con Jameson sujetándolas con una mano. La otra trazaba un camino por mi muslo.

Capítulo Diecinueve

Jameson

Desde que hablé con Carina en el jardín de la casa segura, había planeado exactamente lo que quería hacer y había puesto las cosas en marcha para asegurarme de que se hicieran. Y ahora mismo, ese plan implicaba tener a Carina desnuda frente a mí... otra vez.

Se había sentado en la cama, vulnerable pero fuerte y decidida, y mi miembro había respondido poniéndose duro al instante. Su trasero apuntaba al aire sobre el brazo del sofá, dándome una vista perfecta de todo lo que tenía. Estaba increíblemente mojada y suplicando que la tocara. Accedí.

—¿Con cuántos hombres has estado en esta posición? —pregunté.

—Solo contigo.

Jadeó y se mordió el labio inferior mientras trazaba círculos despiadados alrededor de su clitoris, pellizcando y provocando sin piedad. A ella le gustaba un poco rudo, y a mí me gustaba darle lo que quería. Pero en mis términos. Suavicé mi toque, sabiendo que la haría suplicar por más. Con el más gentil de los movimientos, acaricié su clitoris y provoqué su entrada con mis dedos.

Carina se retorció e intentó empujarse hacia ellos, pero levanté sus brazos atados y laforcé a hundirse en el sofá, prohibiéndole moverse.

—Por favor —dijo después de un momento.

Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, hundí mis dedos dentro, sumergiéndolos dentro y fuera y trabajando su humedad alrededor de su palpitante clitoris.

Gritó cuando los retiré, suplicando por más. Esta vez lamí de arriba a abajo sus pliegues y succioné su clitoris bruscamente en mi boca. Intentó retorcerse, pero no aflojé la presión sobre sus brazos.

Provoqué su hinchado capullo antes de empujar dentro con mi lengua. ¡Joder! Sabía tan dulce, como caramelos de Halloween. Peligrosa y deliciosa.

—Después de esto, deberíamos empezar a planear la boda —dije—. ¿Estás de acuerdo con establecernos en Colorado?

—S-sí. Suena perfecto. Todo suena perfecto.

Escuché la verdad en sus palabras. Hicieron que mi corazón cantara. Todo sonaba perfecto.

Sin decir otra palabra, solté su brazo y agarré su cabello, tirando de su cabeza hacia atrás para hacer que me mirara.

—Eres mía —reclamé sus labios con un beso brutal y la atravesé con mi verga. Empujándome completamente dentro sin esperar a ver si podía tomarme. Ya sabía que podía.

Capítulo Veinte

Carina

¡Mierda! No pude contener el grito que brotó de mi garganta. Jameson me embestía una y otra vez, follándome con fuerza. Cada empuje iba más y más profundo, deshaciéndome por completo.

—Oh, joder —grité, mientras explotaba de placer, casi perdiendo el conocimiento. Mi interior se apretó a su alrededor. Se retiró y pellizcó mi clitoris, hundiéndose dentro con sus dedos, mientras su otra mano trabajaba para desatar mis brazos. Otro orgasmo me sacudió.

—Eres increíble —dijo y me dio una fuerte nalgada—. Tu culo está hecho para follar. —Pasó su mano por la curva de mis nalgas y bombeó su dedo dentro y fuera de mi coño—. ¿Alguien te ha follado alguna vez por el culo? —preguntó.

Cerré los ojos y deseé que lo hiciera, aunque tenía miedo. —Nunca —respondí.

—Me detendré si quieres que lo haga. —Sus manos separaron mis nalgas y giró mi humedad alrededor de la entrada.

Cerré los ojos y disfruté de las sensaciones.

Jadeé cuando una sensación fría me golpeó, y me di cuenta de que debía ser lubricante. Lentamente, empujó su dedo dentro. Con mis manos libres, las hundi en el cojín a ambos lados de mi cabeza.

—Relájate —dijo—. Recuerda, me detendré si quieres que lo haga.

Calmé mi respiración e intenté relajarme. —¡Joder! —grité cuando su dedo se hundió completamente dentro de mí mientras su pulgar circulaba mi clitoris.

Curvó su dedo lentamente y lo trabajó dentro y fuera. —Tócate —dijo y agarró mi mano, empujándola debajo de mí y entre mis piernas. Circulé mi sensible botón y exploré entre mis pliegues. Mientras tanto, Jameson trabajaba su dedo dentro de mi culo.

Mis ojos giraron en mi cabeza, y mis respiraciones se volvieron jadeos desesperados. Aun así, trabajé mi coño mientras Jameson follaba mi culo con su dedo. Pronto estábamos trabajando al unísono, bombeando dentro de mí al mismo ritmo.

—N-no puedo —dije—. N-no pares. Voy a correrme. —Justo cuando dije las palabras, Jameson introdujo un segundo dedo. Mis sentidos se dispararon, y todo mi cuerpo se encendió y pulsó de placer. Grité mientras mi orgasmo me golpeaba, enviándome al abismo mientras los temblores sacudían todo mi cuerpo.

Jameson se retiró y agarró mis caderas. Dejó escapar un profundo gemido y empujó su polla dentro de mi coño, embistiéndome a través de mi liberación. —¿Crees que puedes tomar más? —preguntó, y mis dedos se hundieron profundamente en el sofá.

Un sonido ahogado escapó de mis labios. No sabía si podía, pero sí sabía, que nunca quería que se detuviera.

Disminuyó la velocidad pero continuó moviéndose dentro de mí mientras sus manos trazaban un camino por mi espalda. Frotó la parte posterior de mi cuello antes de volver a bajar. Gemí cuando movió su dedo sobre mi entrada trasera. Empujó su dedo dentro de nuevo mientras su polla llenaba mi coño. Un segundo dedo se unió al primero, pero esta vez sus movimientos eran diferentes. Me sentía como un barril de pólvora a punto de explotar, pero sentí que Jameson me mantenía en el borde del placer y se aseguraba de que estuviera relajada y lo suficientemente suelta para tomar lo que quería darme.

Mis pensamientos y emociones eran un desorden. Todo dentro de mí quería quedarse aquí para siempre... regocijándome en el conocimiento de que él era mi para siempre. Quería...

no, necesitaba que Jameson reclamara cada parte de mí. Me concentré en cada sensación que sentía, y las grabé en mi memoria.

Después de un momento, Jameson se retiró completamente de mí. Sentí la punta de su polla tocar mi culo. Separó mis nalgas aún más y empujó hacia adentro. La presión era cegadora.

Me aparté bruscamente, pero él se aferró a mis caderas y me acercó más a él. —No pares. Por favor —grité, aunque me sentía a punto de estallar—. No pares.

Jameson me levantó, de modo que mi cuerpo quedara pegado contra el suyo, y se hundió completamente dentro de mí. Se movió dentro y fuera lentamente al principio, pero más rápido a medida que mi cuerpo se acostumbraba a esta intrusión deliciosa pero extraña. Besó y mordisqueó mi cuello. Una de sus manos rodeó y pellizcó mis pezones, llevándome al delirio con un dolor placentero. La otra pellizcaba mi clítoris hinchado. Sus dedos presionaron dentro de mi coño y circularon mi botón.

—Voy a correrme dentro de tu culo —dijo mientras me empujaba cada vez más cerca del olvido.

Perdida en la sensación, mi cabeza cayó hacia atrás para descansar en su hombro. Mis ojos se cerraron con fuerza.

El orgasmo que me golpeó fue diferente a cualquier otro que hubiera experimentado antes. Como una tormenta furiosa, desgarró mi ser, imparable e implacable. Ola tras ola me atravesaron y un grito brotó de mi garganta. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo ardía. Necesitaba que Jameson se detuviera, que me liberara, pero no podía soportar la idea de que me dejara. Estaba paralizada mientras el placer desgarraba mi cuerpo con las acciones implacables de Jameson.

Me besó locamente y murmuró mi nombre mientras se sacudía, y su semilla caliente me llenó.

Epílogo

Carina

Mi corazón latía con emoción mientras admiraba mi reflejo en el espejo de cuerpo entero frente a mí. Si alguien me hubiera dicho hace un mes que me establecería en Colorado y me casaría con un motociclista, me habría reído en su cara. El impresionante vestido de novia que Rahat me había ayudado a elegir se ajustaba a cada una de mis curvas, acentuando mi figura en todos los lugares correctos. La tela blanca parecía mágica, cayendo hasta el suelo como una cascada de seda.

—Hoy es el día —susurré, notando la tonta sonrisa que jugueteaba en mis labios en el espejo—. Me caso con Jameson.

La puerta crujió al abrirse. Rahat entró deslizándose, luciendo como toda una supermodelo con el vestido azul de espalda descubierta y cruzado que había elegido como dama de honor. La tela sedosa estaba abierta hasta arriba en un lado, mostrando su pierna a la perfección. Sus ojos se encontraron con los míos en el espejo, llenos de su habitual chispa de picardía y rebosantes de afecto.

—Te ves increíble —dijo.

Sonreí radiante. —Las dos nos vemos increíbles.

—Gracias —dijo y dio una vuelta juguetona, riendo.

No pude evitar unirme a su risa, pero después de un momento, me puse seria. Había estado queriendo preguntarle algo durante un tiempo, pero nunca encontré el momento adecuado. No estoy segura de que alguna vez hubiera un momento adecuado, pero necesitaba saber.

—Rahat —comencé, mi tono volviéndose serio mientras me giraba para mirarla—. ¿Vas... vas a volver a Londres pronto?

Ella puso su mano en la cadera y me lanzó una mirada fingida de enojo. —¡¡¡Chica!!! ¿Estás tratando de deshacerte de mí?

—Nunca —dije y sonreí de nuevo—. Eres como una hermana para mí. Este último mes. Siempre. Tantas cosas podrían haber salido mal, y lamento no haber mencionado nunca los vínculos de mi familia con la mafia. Es que...

Ella extendió su mano y la entrelazó con la mía. —No tienes nada de qué disculparte —dijo—. Me conoces. Me encanta cuando las cosas son un poco emocionantes.

—¿Emocionantes? No estoy segura de que esa sea exactamente la palabra que yo usaría.

—Yo sí. Lo hice. —Suspiró y se alisó el vestido—. Creo que me quedaré por aquí un tiempo más. Rex es...

—¿Emocionante? —sugerí, haciéndonos reír a ambas.

Antes de que tuviera la oportunidad de decir algo más, la puerta se abrió y Gabriel asomó la cabeza. —Están listas para ustedes —dijo.

Las manos de Rahat envolvieron las mías mientras caminábamos hacia mi hermano, quien extendió su codo para que me agarrara. Una suave melodía sonaba desde afuera. Los acordes familiares del Canon de Pachelbel hicieron revolotear mi estómago. Esto era. Era el momento.

Mi pulso se aceleró ante la idea de caminar por el pasillo hacia Jameson. Eché un último vistazo al espejo al otro lado de la habitación. No podía recordar un momento en el que hubiera sido tan feliz.

—Recuerda respirar —dijo Rahat—. Ya sabes, lento y constante, inhala y exhala. —Lo

demostró, y yo la imité, respirando profundamente y exhalando lentamente.

—De acuerdo —dije, armándome de valor con una última respiración tranquilizadora—. Estoy lista.

—Entonces hagámoslo —dijo Gabriel.

Caminamos juntos, saliendo al cálido sol de la tarde, con nuestros brazos entrelazados, y Rahat siguiéndonos solo un paso detrás. Los susurros de la seda rozando contra la hierba llenaron mis oídos, acompañados por los suaves suspiros de admiración y deleite.

Los invitados se agitaron en sus asientos. Sus miradas se volvieron hacia nosotros, atraídos por la vista de la novia, su hermano y su mejor y más leal amiga.

—Míralos —oí murmurar a alguien, con un tono de asombro en su voz—. Carina se ve absolutamente impresionante.

—Jameson es un hombre afortunado —añadió otro.

Sus palabras avivaron las llamas de mis emociones ya intensificadas. Fijé la mirada al frente donde Jameson estaba de pie, alto y orgulloso, con las manos entrelazadas frente a él como si estuviera guardando algo precioso.

Sus ojos se clavaron en los míos. Estaban llenos de tanta intensidad, tanto amor, que hicieron temblar mi corazón.

Cada paso más cerca de él se sentía como un paso más cerca de la realización de cada sueño que alguna vez había albergado en mi corazón.

—Carina —suspiró Jameson cuando llegué a su lado, la tierna calidez de su toque estabilizándome como un ancla en medio de un mar turbulento.

—Jameson —susurré en respuesta.

Este era el primer momento del resto de mi vida; uno que finalmente estaba viviendo, y no podía ser más feliz.